



LIJ
1922
SAL3

Q^c - 8
42



00020417



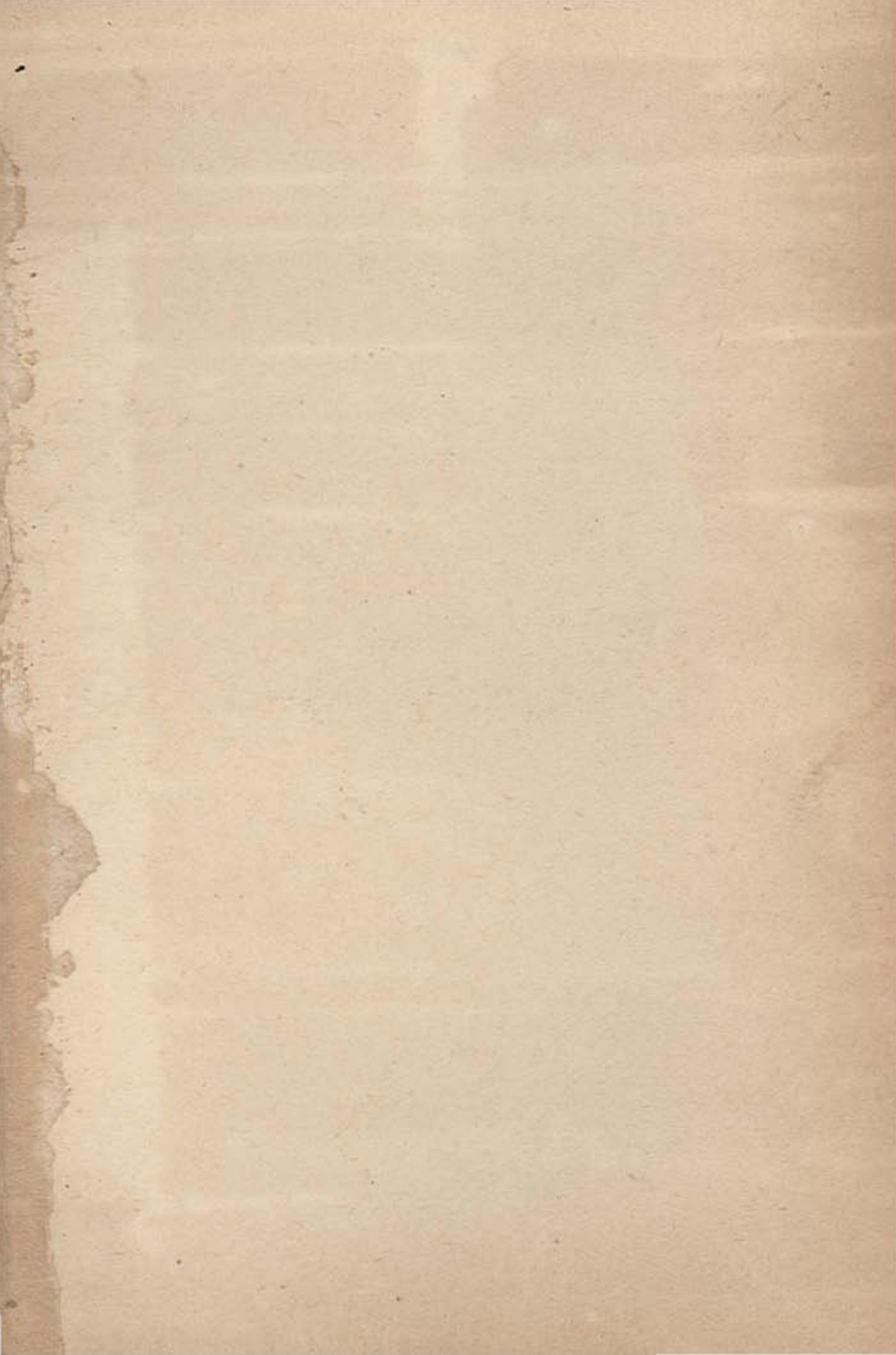


E. SALGARI

LOS HIJOS DEL AIRE

TOMO III

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A. MADRID



NOVELA DE AVENTURAS



EMILIO SALGARI

LOS HIJOS DEL
AIRE

Novela de Aventuras

VERSIÓN ESPAÑOLA

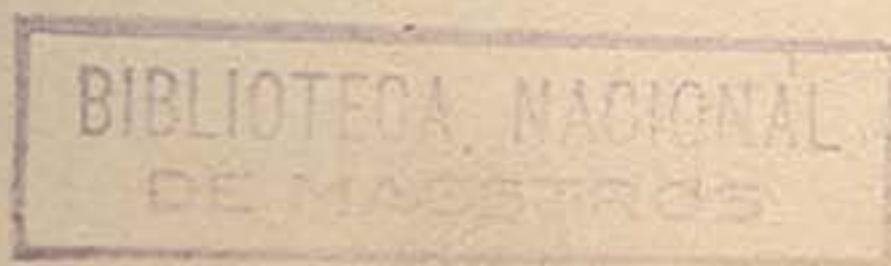
TOMO III



Sección Infantil

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



110X166

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

Librería de la Universidad

I

LA PRINCESA DEL TURFÁN



Si Fedor y el capitán no hubieran detenido al cosaco, se habría escapado hacia el Halcon, dejando plantada á la princesa con sus ovejas, sus camellos, sus joyas y su monaguillo.

—¡Yo marido de ese esperpento tan viejo y tan feo! Es una píldora que no pasa, aunque me la doren con el título rimbombante de príncipe. Ese sacristán, con cara de luna llena, que ha tenido el valor de proponerme ese enlace, tendrá que vérselas conmigo — exclamó

Rokoff lanzando miradas feroces al *mandiki*—.

¡Está loco! ¡loco de atar!

—No lo toméis tan á pecho, señor Rokoff— dijo el capitán, sin soltarle el brazo, que tenía sujeto para impedir que se le escapase—. El pobre *mandiki* ha creído de buena fe que os proponía un buen negocio. Además, ¿no es un gran honor para esa princesa kalmuk casarse con un sér superior que llega de las regiones etéreas mandado en un globo? ¡Y qué gloria para ese *mandiki* el haber intervenido en ese negocio! Le harán *hellung* y verá sus sueños realizados.—¡Que se lo lleve el diablo!— dijo Rokoff gruñendo.—No eres razonable— le dijo Fedor en tono conciliador y persuasivo—. Con ello harías la felicidad de la princesa y del *mandiki*.

—No hablemos más del asunto, si no que-

L O S H I J O S D E L A I R E

réis que acogote á la princesa y al monaguillo.

A ella por bruja, y á él por imbécil.

—Nos pondrás en un serio compromiso si se empeña la vieja en casarse contigo.

—¿Por qué no le proponéis á vuestro maquinista?

—Porque me es indispensable. ¡Observad con cuánta dulzura os mira la vieja!

—¡Cómo te sonrío!

—¡Idos todos al diablo!

Por fortuna, ni el *mandiki* ni la prinsesa entendían el ruso y, por otra parte, el *tam-tam* y los *gong* producían tal estruendo que no dejaban oír las exclamaciones iracundas del cosaco.

La procesión salía, precedida de los músicos. Los kalmukos, con las lámparas en la mano, saltaban como cabras, tratando de evitar los boquetes y fosos abiertos en el pavi-

mento de la plaza. El cortejo dió tres vueltas alrededor del altar, inclinándose ante la princesa y el *mandiki* y, de paso, ante los aeronautas, que se encontraban en el mismo grupo. Después se disolvió y todos se metieron en sus tiendas y casuchas, donde sus mujeres les tenían preparada una cena que había de prolongarse hasta las primeras horas de la mañana. También la tienda de la princesa estaba profusamente iluminada. Una caterva de servidores transportaban muchas y enormes fuentes llenas de *pilao*, carne asada, frituras, pasteles y grandes trozos de caballo asado y estofado, plato predilecto de los kalmukos.

—¿Será ésta la cena de los desposorios?— se preguntó Rokoff, al ver al *mandiki* hacer señas al capitán para que entrasen en la tienda, donde acababa de entrar la princesa—.

¡Vive Dios que no me dejaré atrapar tan fácilmente! El capitán se le acercó en aquel momento. Ahora no sonreía, sino que se mostraba, por el contrario, muy preocupado.

—Señor Rokoff — dijo con voz grave—, creo que la cosa va poniéndose seria, y me temo que hayamos cometido una majadería al acometer esta aventura, que tan sencillamente podríamos haber evitado. El *mandiki* va haciéndose muy peligroso.—¿Insiste en la idea de que me case con esa vieja?

—Más que nunca, mi querido teniente; y hasta ha llegado á amenazarnos con quedarse con nuestro Halcon si no accedéis á sus deseos.

—¿Queréis que le haga reventar como una vejiga?

—Capaz seríais, lo sé; pero detrás de él está toda la población de Turfán, que se compone

de tres ó cuatrocientos nómadas, todos ellos armados . . . Si nos estropean las alas y los planos sustentadores, no podremos huir . . .

—Pues, como comprenderéis, yo no tengo malditas las ganas de ser príncipe de Turfán, y mucho menos de casarme con ese vejestorio.

—No pido tanto de vos—dijo el capitán—. No soy tan exigente . . .

—¿Pues qué queréis de mí entonces?

—Sencillamente, que distraigáis al *mandiki* y á la princesa, por lo menos hasta que se acabe la cena; vamos á ver si conseguimos que se emborrachen—¿No os queda licor de aquel tan magnífico de los monjes del monte A⁺hos?

—¡No es mala idea!—exclamó el capitán—. Acompañad á la princesa y á Fedor mientras yo voy en busca de unas cuantas botellas, para ellos y para nosotros.

L O S H I J O S D E L A I R E

El *mandiki*, que no les perdía de vista, sospechando alguna jugarreta, se tranquilizó al ver al futuro príncipe de Turfán que se quedaba allí, acercándose á la vieja con la sonrisa en los labios.

Como eso era lo que le interesaba, no trató de saber á qué había salido el capitán, y siguió hablando con Fedor sobre las riquezas de la princesa y sobre los innumerables carneros, caballos y camellos que poseía aquella opulenta centenaria.

Cuando entraron en la tienda estaban allí cuatro caudillos de la tribu, figuras innobles, con las fajas atestadas de pistolones y cuchillos, y pendientes de ellas unos sables parecidos á los *tarwar* de los mantañeses del Himalaya. El aspecto de esos hombres era poco tranquilizador.

La princesa se había sentado en el diván,

mientras los criados cubrían la alfombra que adornaba parte de la tienda con fuentes repletas de alimentos. Al ver aparecer á Rokoff, le miró sonriente y le hizo una graciosa inclinación de cabeza.

El cosaco, que no quería infundir desconfianza, y menos en presencia de aquellos cuatro hombres armados, respondió con otra mirada sonriente; aún hizo más: envió un beso en la punta de los dedos á su prometida. Fedor pudo, haciendo grandes esfuerzos, contener una carcajada. Disimuló sus ganas de reir, llevándose á la boca una taza de *kumis* que, por una casualidad, halló al alcance de su mano.

Disponíanse ya á dar principio á la cena cuando entró el capitán llevando un cesto lleno de botellas de ginebra, whiskey, brandy y otros licores, y entre ellos el famoso de los

L O S H I J O S D E L A I R E

monjes del monte Athos, que Fedor y Rokoff habían probado después de la pesca de las truchas.

A cada uno de los convidados se le puso una botella delante de su sitio, reservándose las del licor de los monjes para dar el golpe de gracia. No obstante haber comido pocas horas antes, el *mandiki* desplegaba una voracidad como si llevase una semana en ayunas. Secundábanle gallardamente los cuatro jefes y la misma princesa, que sin dejar de engullir, lanzaba miradas á Rokoff, que correspondía á ellas con otras no menos tiernas, aunque hiciera votos para sus adentros porque no tardase en llevársela el diablo á reunirse con sus cinco maridos anteriores. El *mandiki* empinó el codo de lo lindo y no tardó en despachar la botella que tenía delante. La princesa menudeó

también los tragos de tal manera que había motivo para temerse que no fuese necesario el licor del monte Athos para que se emborrachase como una cuba. Encandilábasele poco á poco los ojos; poníasele la nariz como un pimiento; se movía desatinadamente en su asiento, y charlaba por los codos dirigiéndose á Rokoff que, como es de suponer, no le entendía una palabra, pero que le respondía con amables sonrisas é infinitas cortesías.

El capitán, mientras tanto, no dejaba de observar el efecto que el licor producía sobre los cuatro jefes, que eran los más peligrosos por razón de las armas que llevaban encima. Al ver que resistían maravillosamente la primera prueba, les hizo beber brandy, así como también al *mandiki*, que bebía como una esponja. Aquel aguardiente añejo y fortísimo, de cali-

L O S H I J O S D E L A I R E

dad inmejorable, hizo un efecto prodigioso en los caudillos kalmukos.

—Comienzan á sentirlo—murmuró el capitán al oído de Fedor.

—Sí; se ve que se les va subiendo á la cabeza; pero hay que reconocer que son duros para beber estos kalmukos.

—Mirad hacia fuera y decidme si hay alguien.

—Estarán los criados.

—Les he dado también á esos unas botellas para que se emborrachen.

Fedor se levantó poniendo como excusa que iba á respirar un poco el aire fresco y al poco tiempo á entrar, diciendo:

—Los criados roncan junto al fuego.

—¿Y los otros?

—Todos están en sus casas ó en sus tiendas.

—Pues, ¡vamos con el licor del monte Athos!

Destapó cuatro botellas, y llenando las copas de plata, ofrecióselas á los kalmukos, diciendo al *mandiki*:

—Este licor es un obsequio que mi amigo, el de la barba rubia, ofrece á la princesa su prometida y á todos los presentes. Es una bebida digna de un rey.

El *mandiki*, que ya iba perdiendo el aplomo, tomó una copa y se la ofreció á la princesa, traduciéndole como mejor pudo las palabras del capitán; después vació el contenido de la suya de un solo trago.

—Esto es un néctar propio no de reyes, sino de dioses—dijo con voz trémula—. En tiempo de Gengiskan debía de beberse este licor para hacer á los guerreros invencibles...

L O S H I J O S D E L A I R E

—Espera un poco y verás lo invencible que te vas á poner. Muy valiente tienes que ser si puedes despertarte de aquí á mañana á estas horas—murmuró Rokoff.

Los caudillos kalmukos, á pesar de su resistencia, se tendieron en el suelo con las caras medio ocultas bajo los platos de carne que no habían acabado de consumir. La princesa, después de lanzar unos cuantos suspiros hondísimos y miradas de ternura al cosaco, concluyó por arrellenarse en el diván al lado del *mandiki*, que no tenía ya conciencia de su existencia.

Rokoff, Fedor y el capitán se levantaron empuñando los revólveres.

—¡Huyamos!—dijo el cosaco—. Esposa mía querida, no me verás ya más. Te dejo con todas tus ovejas, tus camellos y hasta con el siglo que pesa sobre tus espaldas.

Iban ya á lanzarse afuera, cuando vieron al *mandiki* levantarse y dar hacia ellos algunos pasos inseguros.

—¡Que se escapan! . . . ¡A las armas! . . . ¡leales! . . .—gritó, haciendo esfuerzos desesperados para atravesar la tienda.

—¿Todavía no estás borracho? ¡Pues toma! gritó furioso Rokoff—, y dió una terrible puñada, que resonó como un mazazo, sobre la mofletuda cara del *mandiki*, que cayó en medio de los platos y salseras, levantando en alto las piernas y haciendo temblar el pavimento.

Los tres aeronautas, desembarazados de aquel importuno, salieron de la tienda, saltando por encima de los cuerpos de los criados borrachos, y precipitándose hacia el lugar en que les esperaba el Halcon. Sin embargo, alguien debió de darse cuenta de la fuga, porque

L O S H I J O S D E L A I R E

á poco se oyó retumbar un *gong*, después otro y otros varios después.

—¡Pronto! ¡ligeros!—gritó el capitán, apresurando su carrera.

Salían los hombres de las tiendas, aún iluminadas. Al ver á los tres fugitivos echaron tras ellos gritando con toda la fuerza de sus pulmones. El Halcon estaba próximo y la máquina pronta á funcionar, porque el maquinista estaba advertido. Saltaron de un brinco la borda los tres fugitivos, en tanto que el desconocido, que se había armado de un fusil de repetición, rompía un certero fuego acelerado contra el grupo de kalmukos que acudían de todas partes voceando.

La nave aérea batió sus alas inmensas frente á los kalmukos para coger impulso y, poco después, se elevó en medio de una granizada de balas.

—¡Os fastidiasteis! — exclamó Rokoff, mientras el buque aéreo se alejaba á una velocidad de cuarenta millas por hora—. Confío en que, después de semejante aventura, no conseguirá ese tunante ni mantenerse siquiera en el empleo de *mandiki*. Quería escalar los cargos superiores, apoyándose en mis espaldas y á costa de mi casamiento... ¡Cásate tú con esa vieja bruja! ¡Haréis una buena pareja!

Turfán desaparecía rápidamente. Sólo se distinguían algunos puntos luminosos, cada vez menos perceptibles.

—¿Adónde vamos, capitán? — preguntó Fedor.

—Hacia el lago de Bagratsch - kul— respondió el capitán.

—¿A pescar más truchas?

—No hay necesidad. Lo atravesaremos por

L O S H I J O S D E L T A I R E

su extremidad oriental y después pasaremos al vuelo sobre las arenas del Chamo meridional para llegar á las mesetas del Tibet. Ya me voy cansando de la Mongolia.

—Y yo también—dijo Rokoff—. Hagamos votos por no encontrar otra princesa por esas tierras que se enamore, lo mismo que la de ahora, de mi barba rubia.

—Ya nos guardaremos muy mucho de acercarnos á los tibetanos, que son mucho más peligrosos que los kalmukos y no ven con gusto extranjeros en su territorio. Si queréis descansar, hacedlo; yo velaré con el maquinista.

—¿No os pararéis en ninguna parte?—preguntó Fedor.

—Mañana; cuando hayamos llegado al desierto.

—Entonces podemos quedarnos en vuestra compañía—dijo Rokoff.

El Halcon volaba con una velocidad enorme, propia de un ave, con la proa enfilada hacia la pequeña cadena de Chake-tag.

A media noche, los aeronautas se cernían sobre Toksun, pequeña fortaleza mongola ocupada por presidiarios chinos para contener á las tribus-nómadas del desierto, que ejercen en vasta escala el pillaje contra las caravanas de los zíngaros.

Al amanecer se divisaba ya el lago Bagratsch-kul, cuyas aguas saladas brillaban como planchas de bronce bruñido heridas por los rayos del sol naciente. Ese lago es pintoresco. Fórmanlo el río Chaida-gol y dos ó tres afluentes, y hay, no muy lejos de él, algunas aldeas importantes y populosas, bastante visitadas por las caravanas.

L O S H I J O S D E L A I R E

Tiénense en gran veneración sus aguas, como las de tantos otros ríos y lagos, especialmente del Tibet, y hay la costumbre de arrojar en ellas á los muertos, creyéndose que así se les facilita la bienaventuranza eterna.

El Halcon bordeó por algún tiempo la ribera oriental, continuando después su carrera hacia la cadena del Kuruk-tag, y entrando poco después del mediodía en pleno Chamo occidental, mucho más arenoso que el oriental, y también más peligroso de recorrer á causa de los vientos impetuosos que soplan de las vecinas y altas mesetas del Tibet. No es, sin embargo, tan árido como el Sahara, pues hay en él algunos grandes lagos, como el Lobnoor, que está á una altura de setecientos noventa metros sobre el nivel del mar, y el Tustik-dum, y también un río caudaloso, el Daria, que lo atraviesa

de Norte á Sur, sin contar otros menos importantes.

Por todas partes se veía la arena, y nunca formando llanos, sino montículos y remolinos ondulantes. A veces esos remolinos se elevaban á grandísimas alturas en su giro vertiginoso y llegaban á tocar las alas del Halcon, á pesar de la altura de cuatrocientos metros á que éste navegaba.

—¡Qué feo es este desierto!—dijo Rokoff, que lo miraba con cierta curiosidad.

—No es ciertamente muy alegre—respondió el capitán, que estaba cerca del cosaco trazando pequeñas crucecitas sobre un mapa—. En menos de tres días le atravesaremos y podremos cernernos sobre las mesetas del Tibet, que son las llanuras más altas del mundo.

—Decid, capitán, ¿es cierto que en los

L O S H I J O S D E L A I R E

ríos que atraviesan el Chamo se encuentra mucho oro?

—Todo el Asia central, y en particular la China, abundan en minas riquísimas, quizá más que las famosas de América y Australia.

—¿Y por qué no las explotan?

—¿Olvidáis que la Mongolia pertenece al Imperio chino?

—¿Y qué es lo que queréis decir con esto?

—preguntó Rokoff.

—Que el gobierno imperial prohíbe severamente á sus súbditos trabajar en las minas de oro, plata y mercurio.

—¿Y por qué razón?

—Por no quitar brazos á la agricultura y por evitar desórdenes. A todo aquel que se le sorprende buscando oro se le decapita sin más contemplaciones, tanto aquí como en China.

—¡Qué brutos! Y, sin embargo, no les sobran monedas de oro á los chinos.

—Claro está que no. El emperador podría obtener pingües beneficios levantando esa prohibición, la cual no es abtáculo para que en la Mongolia, cuyo suelo es prodigiosamente rico en minas, se trabajen éstas de contrabando, como quien dice. Para ello tienen que reunirse los mineros en bandas numerosas y bien armadas para poder resistir á las tropas que, en contra de ellos, mande el gobierno del Imperio. Se puede también afirmar que todas, ó la mayor parte de las rebeliones del interior, tienen por origen la explotación de las minas, pues los que en ellas trabajan se ven precisados á enarbolar bandera de rebelión. La mayoría de los mineros son bandidos, que no sólo se ocupan en arrancar la riqueza de las entra-

ñas de la tierra, sino en desvalijar de vituallas á los pueblos de los alrededores.

—Aventureros, como los que primero trabajaban en las minas de Australia y California—dijo Fedor—. También aquéllos saqueaban todo lo saqueable antes de la famosa proclamación de la ley de Lynch.

—Peor todavía—dijo el capitán—. No hace muchos años, precisamente en esta región, descubrió un aventurero chino una mina de oro riquísima merced al conocimiento extraordinario que tenía para distinguir los yacimientos por la estructura externa del terreno y por su vegetación. Corrióse la voz, y á los pocos días se habían reunido ya más de diez mil bandidos para explotar el yacimiento. Mientras la mitad de ellos arrancaban los pedazos de cuarzo que contenían el metal precioso en abundancia

increíble, los demás asolaban los alrededores saqueando casi todo el reino de Uniot, que entonces era tributario de la China. Trabajaron con tal ardimiento durante dos años, que el oro bajó en China á menos de la mitad de su antiguo valor.

—¡Qué barbaridad! Entonces se harían ricos todos ellos...

—Ni mucho menos. Sus depredaciones fueron causa de que acabaran de muy mala manera. Su número aumentó de tal manera, que el rey de Uniot no se atrevía á reducirlos á obediencia por la fuerza, pese á las reclamaciones de sus súbditos y del emperador de China. La imprudencia que un día cometieron de asaltar á la reina cuando se dirigía por un valle á visitar las tumbas de sus antepasados y despojarla de todas las alhajas que

L O S H I J O S D E L A I R E

llevaba encima, fué la causa de su ruina . . .

—Se ve que los pobrecitos no tenían aún bastante con el oro que sacaban de las minas —dijo Rokoff.

—Indignado el rey—prosiguió diciendo el capitán—movilizó contra ellos un ejército, con la cooperación de la caballería tártara, é hizo en ellos una terrible carnicería. Algunos, que lograron huir y esconderse en el interior de las minas, murieron allí de hambre ó de asfixia, pues todas las bocas de los pozos fueron cegadas. Por algunos días se oyeron los lamentos y gemidos de aquellos desgraciados; después se fueron extinguendo hasta que el silencio se hizo absoluto.

—El oro no llevó la fortuna á los mineros huídos . . .

—Ní tampoco á los que cayeron en manos de sus vencedores; todos fueron cegados por orden del rey, pasándoles por los ojos un hierro hecho ascua . . . Ahora bien, señor Rokoff, si queréis ir á trabajar en las riquísimas minas del Imperio chino, podéis hacerlo. Yo, por mi parte, renuncio, pues prefiero conservar mejor mis ojos y mi cabeza . . .

II

LA CAZA DE JACKS

Cuanto más avanzaba el Halcon hacia el Sur, más cambiaba el aspecto del desierto. Grupos de rocas de color obscuro, minúsculos oasis donde se veían saltar cervatos y cabras salvajes agilísimas y esbeltas, venían á cada paso á romper la monotonía de aquellos interminables arenales que resplandecían como espejos por la mucha sal que las arenas contenían. Esos oasis solían ser pequeños y tardaba muy poco el Halcon en atravesarlos y en engolfarse de nuevo en el desierto. Al proyectar el Halcon su sombra sobre aquellos oasis, salían de entre las mezquinas matas que había en ellos, miles de animales que huían espanta-

dos en todas direcciones: antílopes, ciervos, cabras y hasta grandes volátiles de cuello pelado y escamoso, y harpías, especie de águilas rapacísimas que hacen verdaderos estragos entre los demás animales que pueblan el desierto de Chamo.

Al caer la tarde, cuando el Halcon, que no se había detenido un solo instante, había recorrido una tercera parte del desierto, el capitán enseñó á Rokoff y Fedor una cadena de altísimas montañas, por cuyas faldas se veía gatear unas animales peludos que tenían alguna semejanza con toros.

—¿Sabéis qué animales son esos?—les preguntó.

—¿Acaso búfalos?

—No; son jacks salvajes.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Nos habéis prometido que haríamos una cacería de ellos . . .

—Eso es lo que pienso que hagamos mañana por la mañana—respondió el capitán—. Tenemos necesidad de renovar nuestras provisiones antes de aventurarnos en las mesetas del Tibet, que son de una aridez espantosa, y tenemos también que procurarnos unas cuantas pieles de abrigo y un buen repuesto de grasa, pues allí arriba, por lo regular, hace un frío de todos los demonios.

—Y . . . ¿no se escaparán mientras tanto los jacks?

—Se detienen en donde encuentran pastos, y como en el desierto no es muy abundante la vegetación, podemos estar seguros de que no abandonarán aquellos parajes.

—¿Y dónde nos vamos á detener para pasar la noche?

—Sobre la misma arena para ponernos al abrigo del viento. ¿No le sentís soplar? Se le nota por el silbido . . .

—Es heladísimo, capitán. Hora es de preferir una máquina de vapor á vuestra máquina de aire líquido.

—Pues sería malo en estas regiones semejante cambio, porque no hay muchos vegetales. Sobre las mesetas no encontraremos ni un solo árbol y andaríamos mal de leña.

Cuando ya estaban frente al inmenso parapeto de rocas, junto á las primeras de ellas, el capitán dió la orden de bajar á tierra.

El Halcon se recostaba poco tiempo después sobre las arenas, en una profunda depresión

L O S H I J O S D E L A I R E

del terreno circundada de riscos, que parecía haber estado antiguamente en el fondo de un gran lago, pues se hallaba por completo recubierta de sal.

Aunque resguardados, notaban el soplo del viento helado que descendía de las no lejanas cadenas nevadas de los Allyntag, que se alzan entre el Tibet y el desierto.

Los cinco aeronautas, después de cerciorarse de que no había nadie por aquéllos alrededores, cenaron deprisa y corriendo y se encerraron en el interior del huso de aluminio, reforzando las escotillas.

Todavía no habían comenzado á resplandecer las primeras luces precursoras del alba, cuando se levantaban el capitán, Rokoff y Fedor, impacientes y anhelantes de comenzar

la caza de jacks de que la tarde anterior habían hablado. Sabiendo que tenían que haberse las con animales peligrosos, armados de cuernos formidables y dotados de una fuerza no inferior á la de los búfalos, se armaron de carabinas de grueso calibre y de largos cuchillos de monte, americanos, de la marca Bowie, de hoja fortísima y afilada.

Prometía ser hermosa la jornada, á pesar de que el frío aumentaba por momentos. Un aire seco que cortaba la cara y abría grietas en los labios, soplaba constantemente de los Allyn-tag, levantando torbellinos de arena.

—Descuidad, que los jacks os harán también correr más de lo que podáis desear—añadió el capitán—. Son animales bastante agresivos y no dejan que nadie se acerque á ellos.

L O S H I J O S D E L ' A I R E

Cuidáos de no cometer imprudencias y de no disparar sino á tiro seguro, porque cuando se sienten heridos atacan á la desesperada.

La cadena de rocas distaría, á lo más, un cuarto de milla. En las tortuosas quebraduras que ascendían hasta la cumbre había una vegetación pobre, compuesta, en su mayor parte, de líquenes y de gramíneas. Habiendo descubierto el capitán un sitio menos abrupto que los demás, donde crecían algunos abetos enanos, guió por allí á sus compañeros hacia las mesetas superiores.

—¿Es que están por ahí arriba los jacks?— preguntó Fedor.

—Por lo menos acostumbran á estar en las alturas—respondió el capitán—; mientras que nuestros bufalos prefieren siempre los llanos

bajos, y, sobre todo, los pantanosos, sus compañeros de la Mongolia buscan las cimas de las montañas.

—¿Son indomables?

—No completamente; los tibetanos los emplean como bestias de carga, pero, sin embargo, nunca se domestican del todo.

—A pesar de lo que nos habéis dicho, no se ve por aquí ninguno de esos animales—dijo Rokoff, que estaba ya impaciente por experimentar las emociones de esa caza peligrosa.

—Pues no dudéis que los encontraremos—respondió el capitán—. He visto ya rastros y hasta estiércol de ellos. Ese estiércol, que llaman *argol*, lo recogen los tibetanos como una materia preciosa.

—¿Y para qué?

—Pues para combustible, porque en las mesetas del Tibet no hay leña ni apenas hierba. Puede decirse que no hay más que piedras.

—¡Buena tierra!—dijo Rokoff—. No se criará mucho ganado en ella.

—Sí; unos caballos pequeños.

—¿Y de qué se mantienen esos animales, si no hay hierba?

—¿Habéis oído decir alguna vez que haya prados en Islandia?

—No, señor. Según mis noticias, en esa isla tan enorme del Atlántico septentrional no hay más que volcanes y ríos de lava endurecida.

—Y, sin embargo, no hay ni un islandés que no tenga lo menos una docena, si no tiene dos, de caballos. Alguna praderilla insignifi-

cante suele encontrarse también entre los terrenos de lava, pero no bastaría para mantener á diez caballos solos . . .

—Entonces, ¿cómo viven?

—Pues de las cabezas de merluza y de los desperdicios de la pesca.

—¿Habláis en serio, capitán?

Y tan en serio. Estos mismos caballos de los tibetanos se han acostumbrado á comer carne, y lo que os sorprenderá más, carne cruda.

—¿Y no ha degenerado la casta?

—Desde luego. Estos caballos, lo mismo que los de Islandia, son de poquísima alzada.

—¡Silencio! —gritó en aquel instante Fedor—. He oído allí arriba mugidos . . .

Habían llegado ya á la extremidad del barranco, que, aquel sitio se estrechaba tanto que

hacía punto menos que imposible el paso. Al mismo tiempo se sentían mugidos prolongados y batir de pisadas.

—Se nos acercan los jacks—dijo el capitán, cargando la carabina—. Escondámonos entre aquellas rocas, avanzando sin hacer ruido.

—¿No sentís los mugidos?—preguntó Rokoff—. Cualquiera pensaría que se están peleando unos con otros.

—¡Ojalá fuera así; podríamos entonces sorprenderlos más fácilmente — contestó el capitán.

Treparon, no sin trabajo, hasta una masa de peñas que cerraba el barranco y se echaron al suelo, avanzando á gatas uno tras otro y procurando no descubrirse. Apenas hubieron llegado á la desembocadura de la quebrada se

detuvieron, parapetándose detrás de una enorme peña. Aparecióse ante ellos una meseta de pequeña extensión, en uno de cuyos bordes se abría un abismo, en cuyo fondo se descubría una vegetación musgosa, que indicaba haber allí alguna corriente de agua.

En aquel espacio, una manada de grandes rumiantes, de aspecto salvaje, con largo pelo y armada la cabeza de largos cuernos, presenciaba la lucha entablada entre dos de los más grandes, que se atacaban furiosamente, enlazando sus cabezas, oprimiendo sus recias frentes y arrancándose grandes mechones de pelo. Los dos campeones eran tan grandes y debían de ser tan fuertes como búfalos. Con las cabezas bajas, los ojos flameantes, palpitantes los ijares, que azotaban furiosamente con las

L O S H I J O S D E L A I R E

colas, y bañadas las fauces en una espuma sanguinolenta, trataban de derribarse haciendo fuerza con las testuces; después retrocedían y se lanzaban de nuevo uno contra otro, haciendo por empitonarse con las astas. Aunque ambos se desangraban por las muchas heridas de que estaban acribillados, seguían acometiéndose fieramente, como decididos á matarse. Los otros, mientras tanto, rumiaban tranquilamente, presenciando con indiferencia aquella lucha, que tenía que acabar por fuerza por la muerte de uno de los dos adversarios, ó quizás por la de ambos.

—Haced fuego sobre las hembras—susurró el capitán al oído de Fedor y de Rokoff—. Los machos tienen la carne demasiado dura y correosa.

—Yo tengo ya escogida la mía—dijo el cosaco.

—Y yo—añadió el ruso.

—Pues . . . ¡¡fuego!!

Los tres tiros produjeron una sola detonación. Una hembra, al parecer herida en el corazón, cayó desplomada; las otras se levantaron precipitadamente y huyeron al galope.

Los dos machos, al oír aquellos disparos, cuyo estruendo centuplicaba el eco de los roquedales, se habían detenido, lanzando miradas á su alrededor.

Cuando vieron el humo levantarse detrás de los peñascos, olvidaron por un momento sus rencores y se precipitaron hacia aquella parte, con la cabeza baja y mostrando sus cornamentas amenazadoras.

—¡Huid! . . .—tuvo apenas tiempo para gritar el capitán, agarrándose á una raíz que colgaba de una grieta.

Rokoff se puso de un salto sobre una peña, escalándola en poco tiempo, pero Fedor no pudo ponerse tan de prisa en salvo. Faltándole tiempo para cargar de nuevo y viendo que los dos animales caían sobre él, tiróse hacia un lado para evitar sus cuernos, lanzándose después á carrera desesperada con dirección á una meseta próxima, sin pensar que, doscientos pasos más allá, estaba el abismo.

Dióse cuenta el desgraciado cazador de que la muerte le amenazaba de frente y á sus espaldas.

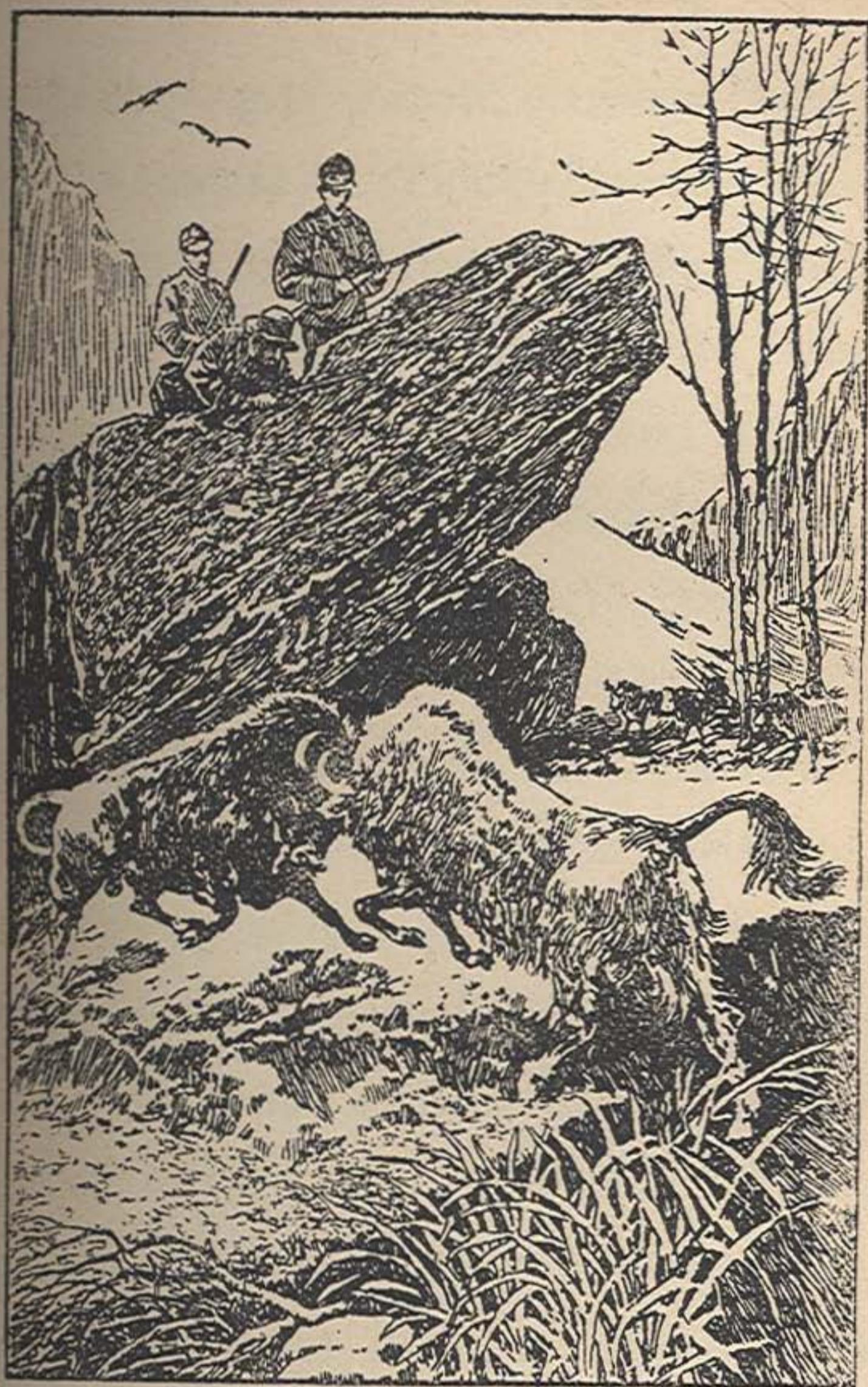
—¡Por ahí no! ¡Por ahí no!—le gritó el capitán, que se había dado cuenta del peligro—. ¡Salváos en cualquier roca!

Mientras un jack se detenía debajo de la roca que había escalado el cosaco, esforzándose por subir á su cumbre, el otro le seguía los pasos al ruso bufando y haciendo saltar las piedras con sus pezuñas.

Como si el maldito animal se hubiese dado cuenta de que por el lado del precipicio no podía escaparse Fedor, le había cortado la retirada, obligándole á dirigirse hacia el abismo.

Dióse cuenta de su situación el desgraciado cazador; la muerte le amenazaba en todas direcciones. Trató de volver sobre sus propios pasos para refugiarse en la garganta de peñascos, pero ya era tarde.

El jack, cada vez más enfurecido, se le iba encima.



Los dos campeones eran tan grandes y debían de ser tan fuertes como búfalos.

—¡Fedor!—gritó Rokoff, cargando rápidamente la carabina—. ¡Tirate al suelo!

El capitán, que todavía no había tenido tiempo para ponerse completamente en salvo en lo alto de la peña, no podía socorrer al pobre ruso. Tenía que sostenerse asido á las raíces, y estaba también en gran peligro, pues tenía á sus pies el otro jack, que lanzaba furiosos bufidos y trataba de acorpearle las piernas.

Fedor, preso de terror pánico, se había detenido al borde de la sima. Tendría ésta más de veinte metros de profundidad y una anchura de ciento aproximadamente, con las paredes cortadas á pico y un torrente en el fondo, que corría despeñándose y convirtiéndose en espumas al tropezar contra las aristas de las piedras.

—¡¡Estoy perdido!!—murmuró.

El jack se dirigía entonces hacia donde Fedor estaba, con la cabeza baja, dispuesto á precipitarlo en el abismo. Sólo le faltaban ya unos pocos metros, cuando se oyó la detonación de la carabina de Rokoff al dispararse.

El animal, herido en algún órgano vital importante, se encabritó, sosteniéndose sobre el cuarto trasero, giró dos veces sobre sí mismo y cayó tendido de costado.

—¡¡Huye, Fedor!!—gritó Rokoff.

No necesitaba el ruso que se lo dijeran. Viéndose libre, casi milagrosamente, de estrellarse, echó á correr á toda carrera, al mismo tiempo que cargaba su carabina.

—Ahora me toca á mí ayudarlos á ellos—se había dicho para sus adentros.

El segundo jack, al darse cuenta de la presencia de aquel nuevo adversario, se aprestó á la lucha. No sabía que tenía que haberseles á un mismo tiempo con dos carabinas, pues Rokoff había vuelto á cargar la suya. Lanzóse sobre Fedor, el cual le disparó un tiro, recibiendo un instante después el jack otro que le disparó el cosaco; pero, no obstante, siguió corriendo, no ya contra Fedor, sino en dirección del precipicio, primero, y después, torciendo su marcha, hacia un boquete que se abría al extremo de la meseta, por el cual se habían escapado las demás reses de la manada.

—¡Vámonos!—gritó el capitán cuando pudo soltar las raíces á que había estado asido hasta entonces.—Oigo los bramidos de los otros

jacks y nos conviene darnos prisa para buscar un refugio seguro.

—¡Aquí, aquí!—gritó Rokoff.

Fedor y el capitán se disponían á trepar á las rocas cuando vieron volver á galope tendido al animal que, poco antes, recibiera los dos tiros de carabina. No venía solo esta vez, sino guiando á toda una manada, á la cual se habían agregado varios machos que hasta entonces parecían haber estado escondidos tras las peñas de los alrededores ó entretenidos en luchar unos con otros. Aquellos veinte ó treinta animales descendieron al valle en desenfrenada carrera, como una avalancha.

—¡Por Dios!—exclamó Rokoff, que había conseguido izar al capitán y á Fedor sobre la peña—. ¡Si llegamos á estar en su camino nos

L O S H I J O S D E L A I R E

hacen polvo! . . . ¿Habrán llegado hasta el desierto?

—¿Y el Halcon?—preguntó Fedor palideciendo.

—He ordenado al maquinista que se mantenga con la máquina en presión—respondió el capitán—. Y, además, no creo que los jacks abandonen estos vericuetos . . .

—¿Los volveremos á encontrar?—se preguntó Fedor en alta voz.

—No me sorprendería. Lo que debemos hacer es, si encontramos otro paso, seguirlo. No quisiera batirme de nuevo con la misma manada.

—¿Y el animal que hemos matado?

—Podemos escoger y cortar los mejores pedazos.

—Señor Rokoff, tenéis los brazos de hierro. He notado que no os tiemblan. Habéis hecho un disparo que no dejarían de envidiaros los mejores cazadores americanos del Far-West.

—¿El que mató al jack?

—El mismo, señor Rokoff.

—Como se trataba de salvar á Fedor de una muerte cierta . . .

—¡Y qué muerte, vive el cielo!—exclamó el ruso lanzando una mirada de pavor hacia el abismo.—¡Qué salto! . . . Tiemblo y me estremezco todavía, pensando en el peligro por que he pasado.

—Debéis vuestra vida á la bala afortunada de Rokoff—dijo el capitán.

—Y, sin embargo, yo no hubiese dudado en intentar el salto—dijo Rokoff, que miraba al

torrente—. El agua debe de tener una profundidad enorme y me hubiera librado con sólo un baño de impresión.

—Vosotros, los cosacos, no halláis nada imposible—respondió Fedor sonriendo.

Me consta que, por apuesta, no dudáis ni vaciláis en saltar con vuestros caballos desde lo alto de un muro . . .

—Y hacemos cosas peores . . .—añadió Rokoff.

—Ayudadme—dijo el capitán.

Había sacado el cuchillo y se puso á destripar al jack con una habilidad que asombraba á sus compañeros.

—Forzosamente habéis matado más de uno de estos animales en vuestra vida . . .—exclamó Rokoff.

—De éstos precisamente no, pero sí bisontes.

—Lo digo porque manejáis el cuchillo mejor que un *cow boy*.

Entre ellos he aprendido á manejarlo.

—¿Habéis estado, pues, en el Far-West?

El capitán, en vez de responder, abrió la garganta del animal, y de un golpe maestro le arrancó la lengua, diciendo:

—Ved un bocado de rey.

Depositóla sobre el musgo que crecía en los alrededores, comenzando á descoyuntar el tronco del jack, separando una por una las costillas, rompiendo sus juntas con el espinazo, mientras Rokoff y Fedor se apoderaban del hígado y del corazón.

Habían ya acabado de despedazar al ani-

mal, cuando por el lado del desfiladero oyeron un ruido atronador.

—Tomad las carabinas! Los jacks vuelven—dijo el capitán.

—¿Otra vez?—preguntó Rokoff—. ¡Pues si nos sorprenden aquí nos divertimos!

—¡Trepémonos en las peñas!—exclamó Fedor.

Iban ya á correr para buscar un refugio, cuando llegó la manada haciendo un ruido espantoso. Los vengativos animales, después de recorrer toda la quebrada, volvían sobre sus pasos dispuestos á precipitarse sobre los cazadores en aquella reducida meseta que parecía no tener salida.

El capitán y sus compañeros, aterrorizados por aquel repentino regreso y sin tiempo para

trepar á las peñas, se vieron obligados á dirigirse al borde del abismo.

—¡Estamos perdidos!— había exclamado el capitán.

Los jacks, al verlos, se habían detenido, con las cabezas bajas, mostrando sus largas cornamentas. Parecían vacilar para el ataque, sin duda temerosos de las tres carabinas que les amenazaban.

—No hagáis fuego. Tratemos de no irritarles—dijo el capitán precipitadamente.

—Y, si atacan, ¿dónde nos metemos para salvarnos? ¿Quién será capaz de resistir semejante carga?—preguntó Fedor palideciendo.

—Nos arrojaremos al abismo fiados cada uno á su buena ventura. Procurad, en último

L O S H I J O S D E L A I R E

apuro, saltar al torrente, si no queréis estrellaros contra las rocas.

Los jacks no se decidían á acometer, como si se divirtiesen con la contemplación de las angustias terribles de los desgraciados cazadores. Unicamente los machos se adelantaron, colocándose en línea como para proteger á las hembras. El capitán y sus compañeros, palidísimos, seguían siempre con sus carabinas apuntadas, aunque sin esperanza ninguna de hacer huir á la manada con sólo tres balas.

Tan tremenda situación duró dos ó tres minutos, que á los cazadores les parecieron horas; después, los jacks, con un movimiento rapidísimo, casi instantáneo, cerraron un semicírculo, cargando á la desesperada.

—¡¡Fuego—gritó el capitán.

Descargaron simultáneamente las carabinas. Tres animales cayeron, pero los demás, doblemente enfurecidos, no interrumpieron su carrera.

—¡Saltad!—gritó Rokoff.

Con un coraje que parecía locura, dió á sus compañeros el ejemplo. Cerró los ojos y se precipitó en el vacío, girando tres ó cuatro veces sobre sí mismo. Parecióle que le faltaba la respiración; experimentó después una sensación intensa de frío, y luego un fuerte zumbido de oídos. Vino á caer en medio del torrente, sumergiéndose en un agua tan fría que en los primeros momentos creyó helarse. Afortunadamente, y como había previsto, era tan hondo el torrente, que en vez de estrellarse en las rocas del fondo volvió á la superficie, aturdido, sí, pero ileso. Al abrir los ojos vió

caer al capitán y á Fedor unos diez metros más arriba, y junto con ellos un enorme jack, que sin duda no había podido detener á tiempo su carrera al borde del precipicio.

Los tres se sumergieron, levantando grandes masas de agua.

—¡Capitán! ¡Fedor!—gritó Rokoff, poniéndose á nadar vigorosamente. Luchaba contra la corriente de las aguas, que le arrastraban con su empuje poderosísimo.

El primero en salir á flote fué el capitán. Poco después salió Fedor también, agitando desesperadamente los brazos.

—¿No sabes nadar?—le gritó el cosaco. Y haciendo un esfuerzo remontó la corriente y le alcanzó en el mismo instante en que iba otra vez á hundirse.

—¡Vamos, hombre! ¡Valor y serenidad! ...

—le dijo.

Sosteniéndole por un brazo le empujó hasta la orilla, en una de cuyas rocas se había encaramado el capitán.

—¡¡Ayudadme, señores!!—gritó más muerto que vivo el ruso.

—¡Ahí va!—respondió el capitán. Y le arrojó la larga faja de lana roja que le ceñía la cintura, quedándose con una de las puntas en la mano. Rokoff la cogió al vuelo y se dejó arrastrar hacia las rocas, siempre sosteniendo á su amigo.

—¿Estáis herido?—preguntó el capitán al ver á Fedor pálido como un cadáver.

—No, no. Es tan sólo el frío y la emoción...—respondió el ruso—. Además... co-

mo no sé nadar . . . ¡Gracias, Rokoff! Sin tí me hubiese ahogado. ¡Qué salto! Tiemblo como si tuviera fiebre.

—Pues, ¿y aquel maldito jack?—dijo Rokoff—. Creí que se me caía encima aplastándome.

—Se ha puesto en salvo por la otra orilla—respondió el capitán—. Sin embargo, me parece que se ha roto las patas ó alguna costilla . . .

En efecto; no parecía que el animal había escapado bien del salto. Aunque había conseguido salir á la orilla, se había dejado caer en el suelo, mugiendo lastimosamente y echando sangre por la boca.

—¡¡Muere, maldito!!—gritó Rokoff.

—Y ahora, ¿qué es lo que hacemos?—pre-

guntó Fedor—. Siento un frío horrible. ¡Este agua está atrozmente fría!

—Busquemos una salida y volvamos al Halcon—dijo el capitán—. Por mi parte tengo bastante con lo cazado.

—¡¡Salir!!—exclamó Rokoff—. ¿Podremos? Mirad alrededor, señores, y decidme cómo vamos á componérnoslas para salir de esta sima.

III

PRISIONEROS EN EL ABISMO

El cosaco, con mejor vista que sus compañeros, comprendió al momento que no habían acabado sus desgracias, a pesar de la suerte que habían tenido al dar aquel enorme salto y salir con los huesos sanos. Aquel barranco, al igual que la meseta donde habían estado antes, sólo tenía una salida: el cauce mismo del torrente, y ese era absolutamente impracticable.

Era una hoz de paredes escarpadas y lisas como muros, de unos cien metros de ancho y otros tantos de largo, la cual comunicaba con otra bastante más honda por una hendidura por donde salía el agua, en parte corriendo rapidísimamente sobre la pulimentada super-

ficie de la piedra, y en parte despeñándose con fragoroso estrépito envuelta en espumas, hasta el fondo de la segunda garganta. Los cazadores, escapados por milagro á la furia de la manada de jacks, estaban ahora presos en aquella sima, y sin la menor esperanza de salir de ella.

—¿Qué pensáis de esta situación?—preguntó Rokoff al capitán.

—Pues que no es nada buena; pero os contestaré francamente que la prefiero á la de estar en la meseta frente á la manada de jacks, como estábamos hace poco, pues no tendría valor para repetir la suerte del salto. Sin vuestra temeraria determinación, habríamos perecido irremisiblemente á cornadas.

—¡Ya os dije que el salto era peligroso, pero no imposible . . . y ya habéis visto que tuve razón.

LOS HIJOS DEL AIRE

Sobre todo, entre una muerte segura y horrible y otra problemática, no podía haber duda.

—Pues yo—dijo Fedor—, confieso que sin tu ejemplo tampoco me habría atrevido á hacer lo que he hecho. Vosotros, los hombres de las estepas, sois de la piel del diablo.

—Dejemos de hablar de lo pasado y pensemos en lo presente. Hay que ver cómo salimos de este trance, que es muy serio—dijo Rokoff.

—Ante todo veamos manera de secarnos—le interrumpió Fedor—. Aquí veo algunos troncos secos . . . y si no con malezas . . .; pero, ¿cómo nos las arreglaremos para encender fuego?

—Esa dificultad está resuelta, porque llevo conmigo eslabón y yesca en una bolsa imper-

meable—dijo el capitán—. Y conviene poner cuanto antes en ejecución la idea de nuestro amigo Fedor, por que es imposible que estemos mucho tiempo con las ropas empapadas sin exponernos á atrapar una enfermedad, lo cual, en las presentes circunstancias, sería gravísimo.

A lo largo de las peñas y entre las grietas de las paredes se veían líquenes y malezas en gran cantidad, ya secas por el viento frío de la montaña. Entre los tres cazadores recogieron una cantidad respetable y le prendieron fuego, sentándose después á su alrededor, desnudándose y retorciendo los trajes para que se secasen más pronto, arrancando de ellos las agujas de hielo que ya empezaban á formarse.

—¿Y el jack?—preguntó de pronto Rokoff,

L O S H I J O S D E L A I R E

mientras exponía su ancho y velludo pecho al calor de la llama.

—Estará muerto—respondió el capitán, mirando á la ribera opuesta.

—¡Es lástima que no haya caído aquí!

—¿Para comérnoslo?

—Hombre, sí; por lo menos la lengua . . .

Podéis intentar ir á buscarla si no teméis al agua.

—No me decidiría de nuevo á desafiar el torrente. El agua está helada . . .

—Y, sin embargo, alguno de nosotros tiene que intentar el atravesarlo de nuevo. Con la caída se nos han vaciado los bolsillos y no tenemos ni una miserable galleta.

—Ni carabinas. Estarán en el fondo del torrente—añadió Fedor.

—¿Y para qué queremos carabinas si no tenemos á qué tirar?—dijo el capitán.

—¿Cómo que no? Pues, ¿y los jacks? ¡Vedlos allá arriba cómo nos observan!

—¡Qué animales más tercos!—exclamó Rokoff—. Si tuviera una carabina á la mano, tendría gusto en tirarles.

Como podéis ver, no nos queda otro recurso que el de darnos otro baño si queremos almorzar. Para un cosaco eso no es nada—dijo el capitán con acento algún tanto irónico—. ¿No es cierto, señor Rokoff?

—¡Por todos los diablos del infierno! ¿Me queréis decir que tome otro baño?

—No os dije eso; pero no veo manera, sin baño, de que comamos hoy ni de que recobremos la libertad, como no sea que nuestros

L O S H I J O S D E L A I R E

compañeros sean bastante hábiles para dar con nosotros . . . Pero una idea se me ocurre . . .

—¿Cuál?

—Que intentemos descender por el torrente.

—¿Para bajar á la otra garganta?

—¡Claro!

—¿Y si tampoco tuviera salida?

—Es que me ha parecido ver que la tiene.

—¡Bien! Pero, ¿cómo podremos intentar ese descenso si no tenemos cuerdas?

—¿Y nuestras fajas de lana?

—No serán suficientes. La cascada tiene una altura de veinticinco á treinta metros.

—Pues el jack nos dará la cuerda—dijo el capitán.

—¿Cortando su piel á tiras?

—Claro está.

—Esto me decide . . .

—¿A qué?

—A cruzar el torrente. Dadme el eslabón para encender fuego en la otra orilla y secarme las ropas.

—Quedáos aquí; yo iré.

—No, capitán, de ningún modo; los cosacos tenemos la piel más dura que los hombres de las otras razas.

Diciendo esto hizo un envoltorio con su traje y sus ropas, ya casi secas, y se dirigió resueltamente hacia el torrente, enroscándose alrededor del pecho la faja de lana para sujetarse el cuchillo.

El capitán se había levantado para detenerle; pero ya el cosaco, de un salto magní-

fico, se había levantado del suelo, dando una vuelta en el aire y viniendo á caer de cabeza en el centro de la frígida corriente.

—¡Qué hombre!—exclamó el capitán—. ¡Fuerte como un toro y mejor templado que el acero de Toledo!

Tenía por allí el torrente cinco ó seis metros de ancho y corría con gran rapidez, estrellándose ruidosamente contra los pedruscos de la orilla; pero el cosaco, acostumbrado á pasar á nado los ríos de su país, que son extraordinariamente anchos, no flaqueaba, é iba cortando oblicuamente la corriente.

—¿Está fría el agua, señor Rokoff?—le preguntó el capitán.

—Mucho; pero la encuentro más templada que antes—le contestó el cosaco.

—Lo primero que habéis de hacer es encender fuego. Veo que en esa orilla no escasean los líquenes ni las ramas secas.

Apenas fuera del agua, el cosaco reunió ramas y les prendió fuego, haciendo una hermosa hoguera, y se puso á saltar ante ella para desentumecerse los miembros, que tenía ataridos. Tendió también sus ropas para que se secasen sobre unos abedules enanos que acertó á encontrar, pues aunque las había llevado en la cabeza, no había podido evitar que se le mojaran.

—¿Está muerto del todo el jack?—preguntó el capitán, que había vuelto á acercarse á su hoguera.

—Me parece que respira todavía—gritó Rokoff—. Voy á darle el golpe de gracia, no

haga el diablo que le dé la gana de levantarse otra vez y me obligue á darme otro baño.

Y esto diciendo, desnudó el cuchillo que llevaba en la cintura y se lo introdujo en el cuello, haciendo saltar un abundante chorro de sangre. Después volvió al lado del fuego, reanudando sus saltos y sus ejercicios para entrar en calor.

Media hora después, ya secas sus ropas y bien calientes, se vistió y comenzó su trabajo. Arrancó primero la lengua, que arrojó á sus compañeros, procediendo después á descuartizar el tronco, empresa nada fácil para él, pero que, sin embargo, llevó felizmente á cabo siguiendo los consejos del capitán.

Separó una chuleta, y enganchándola en una rama verde, la puso encima del fuego para que

se asase, no sintiéndose con fuerzas en aquel momento para darse un tercer baño con el solo fin de comer en compañía del capitán y de su amigo Fedor. Mientras se asaba la chuleta, se ocupó en desollar al animal, cortando el pellejo en tiras, y anudándolas unas á otras antes de que se secasen. De este modo obtuvo una cuerda de unos treinta metros, longitud bastante para intentar el descenso del torrente.

—¡Señor Rokoff!—gritó el capitán—. ¿Podemos ofreceros un pedazo de lengua?

—Prefiero mis chuletas—respondió el cosaco, que estaba ya retirándolas del fuego.

—Pues cobrad fuerzas lo más pronto posible, pues os prevengo que os serán necesarias para pasar de nuevo á este otro lado del torrente.

—No me disgustaría prescindir del baño, evitándolo, aunque parezca que me voy acostumbrando—dijo Rokoff con la boca llena—. Está delicioso este jack, capitán. Es lástima que lo dejemos aquí, cuando tanta carne tiene que podríamos aprovechar.

—Tenemos el otro allá arriba.

—Pues idlo á recoger.

—No es mi intención dejarlo para que se lo coman las águilas.

—¿Queréis volver otra vez á la meseta?

—Nos veremos obligados á ello para renovar nuestros provisiones; pero esta otra vez iremos con el maquinista y con el amigo que dejamos con él, é iremos provistos de una bomba de aire líquido, para hacer saltar por el aire á los jacks que nos encontremos.

—Se me ocurre una idea, capitán . . .

—Venga si es buena, señor Rokoff.

—Adónde creéis que conduce este torrente, río, arroyo ó lo que quiera que sea?

—A cualquier lago, seguramente. Al de Tustik-Dung ó al Log-noor.

—Si llevásemos este animal á la orilla y lo dejásemos caer en plena corriente . . .

—¿Para recogerlo más abajo?

—¡Claro está!

—No me parece mal vuestra idea; pero se me ocurre que vos solo, por mucha fuerza que tengáis, no podréis mover semejante mole.

—Pasad el torrente y venid en mi ayuda.

—¡Ah, querido Rokoff! Tú quieres evitarte el tercer baño á fuerza de astucia . . . Sin embargo, estoy dispuesto á hacer la prueba.

—Si no sabes nadar . . .

—Pero tengo la cuerda.

—Que nosotros sostendremos, señor Rokoff—añadió el capitán—. En cuanto á mí, no tendré necesidad de ella.

—No—replicó el cosaco 'resueltamente—. No consentiré jamás en exponer á un peligro semejante á Fedor. Además, podemos tirar al jack en el torrente sin necesidad de que paséis á esta orilla. La cuerda es muy fuerte y no se romperá. Y si no, ahora lo veréis.

Ató las dos patas delanteras del animal; examinó todos los nudos para ver si estaban bien apretados y después tiró el otro extremo de la cuerda á sus compañeros, diciendo:

—Tirad mientras yo empujo. Ya veréis cómo nos sale bien la prueba.

El cosaco debía de tener unas fuerzas más que hercúleas, pues empujando unas veces de un lado y otras de otro, consiguió mover la enorme masa que, por estar en una pendiente á pocos pasos de la orilla y por los tirones que de la cuerda daban Fedor y el capitán, concluyó por rodar hasta el río.

Como estaba sujeta por la cuerda, el agua la arrastró á la orilla opuesta, en donde el capitán esperaba para cortar algunos pedazos de carne antes de abandonar al animal á la corriente.

Rokoff, mientras tanto, había vuelto á prepararse para emprender la tercera travesía, que llevó á cabo tan felizmente como las dos primeras. Aquel hombre extraordinario parecía acorazado con planchas de acero.

L O S H I J O S D E L A I R E

El cuerpo del jack, mientras tanto, abandonado á sí mismo, corría transportado por la corriente. Le vieron girar un momento sobre sí mismo, ya cerca de la cascada y después precipitarse entre sus espumas.

—¡Feliz viaje!—gritó Rokoff, que estaba ocupado en atizar el fuego.

—Mientras os secáis iremos Fedor y yo á ver por qué sitio nos es más fácil hacer el descenso—dijo el capitán—. Son ya las dos y no sabemos cuánto nos queda todavía por andar hasta que encontremos el Halcon. Nuestros compañeros estarán intranquilos por nuestra ausencia.

Siguieron la orilla del torrente llevando consigo la cuerda y se detuvieron en la extremidad de la cañada. El agua, á fuerza de

siglos, se había abierto un camino anchísimo entre las paredes rocosas y se precipitaba en el abismo inferior desde una altura de más de veinticinco metros, con atronador ruido, que repetía y aumentaba el eco de los peñascales. Las dos paredes eran lisas y resbaladizas, pero dejaban á los dos lados del pasadizo espacio suficiente para dar paso á un hombre.

—Podremos descender — dijo el capitán—. Tomaremos una ducha helada, pero, ¿qué importa? Después nos secaremos . . .

—¿Dónde podremos atar la cuerda? — preguntó Rokoff.

—Estoy viendo desde aquí una peña que parece colocada expresamente para nuestro intento. ¿No la veis, señor Rokoff?—dijo el capitán indicándosela.

—Ya la veo—contestó el cosaco; pero, ¿no iremos á dar en otra sima sin salida?

—Espero que no. Aquella garganta que desde aquí se ve—dijo el capitán que se había acercado al bordo del torrente—me figuro que no debe de estar cerrada.

—Algo más atrás del lugar donde el capitán estaba situado, había un escollo agudo que parecía un obelisco. A él amarró el capitán un extremo de la larga correa, arrojando el otro á la corriente.

—Es bastante larga—dijo—. Quiero ser el primero en intentar la bajada.

Y antes de que Fedor le respondiese, el capitán se dejó deslizar asido á la correa. Pronto se le vió envuelto en una nube de espuma. El agua, convertida en menudo polvo al chocar

y deshacerse contra los pedruscos salientes de la cañada, le sofocaba; el ruido del torrente le aturdió; pero, con todo, resistió, manteniéndose bien sujeto á la cuerda.

Fedor le seguía con ojos inquietos y con la ansiedad y el anhelo pintados en el semblante. Si se hubiese desatado algún nudo, la caída hubiese sido espantosa, pues el fondo de la cascada estaba cubierto de rocas puntiagudas como agujas. De pronto se le vió desaparecer tras una escabrosidad, y después se oyó su voz, aunque algo confusa.

—Debe de haber tocado ya en el fondo— dijo Fedor á Rokoff, que se había vestido rápidamente.

—Ahora tú—dijo el cosaco—. Yo descenderé el último para mantenerte la cuerda bien

L O S H I J O S D E L A I R E

sujeta. Procura no dejarte deslizar antes de tiempo y cuida de no caer en el agua; ninguno podría salvarte y la corriente te arrastraría estrellándote contra las rocas. Si sufres el vértigo, cierra los ojos.

—Sí, Rokoff—respondió el ruso.

Y agarrando la cuerda con toda la fuerza de sus manos, se dejó deslizar despacio y poco á poco, para no desollarse los dedos. Aquel descenso entre aquellas nubes de espuma que cegaba los ojos y aquel ruido atronador que aturdió los oídos, era verdaderamente terrible. Dos ó tres veces Fedor, aturdido y casi sofocado, estuvo á punto de perder sus energías y de dejarse caer; pero pudo á duras penas dominarse. Al fin se sintió asido por dos robustos brazos.

—Aquí, poned los pies aquí; ha concluído el descenso—le dijo una voz cerca de su oído.

Era el capitán que le esperaba en una pequeña plataforma que había á pocos metros del fondo de la cascada.

—Agarráos á estos salientes—continuó diciendo el capitán del Halcon—. Es poco agradable y nada cómoda esta bajada, ¿verdad, señor Fedor?

—He estado á punto de dejarme caer—respondió el ruso agarrándose desesperadamente á algunas raíces que salían de las grietas de la peña.

—Os habríais estrellado. ¿Y Rokoff?

—Se dispone á bajar.

—Pues esperémosle y después iremos á explorar aquella garganta.

El cosaco no se hizo esperar mucho tiempo. Aquel diablo de hombre no había experimentado ningún vértigo ni sufrido momento alguno de debilidad y, sin embargo, no parecía estar muy contento.

—¡¡Por las estepas del Don!!—exclamó, apenas puso los pies sobre la plataforma—. Casi hubiese preferido dar otro salto en el abismo. ¡Vayan al infierno los jacks y hasta la cascada! ¿Podemos salir al menos de este encierro?

—Ahora lo sabremos . . .—respondió el capitán.

Saltaron á otra plataforma que se encontraba un metro más abajo y descendieron al barranco, que era mucho más amplio que el primero, atravesado en toda su longitud por el torrente que, al final, se precipitaba en una es-

pecie de estanque natural, para salir después, dando un segundo salto, á un valle profundísimo y estrecho.

—¿Se ve al jack por alguna parte?—preguntó Rokoff.

—No—respondió el capitán—. La corriente se lo habrá llevado.

—¡Pues bonito va á llegar al final de todas estas cascadas. ¡Lo encontraremos hecho pedazos!

—Tenemos el otro en la meseta—respondió el capitán—. Ya estamos en el desfiladero.

Después de atravesar el barranco fueron á salir á un estrecho pasaje, abierto entre dos rocas enormes que se alzaban hasta la pequeña meseta, y tan lisas que hacían el escallo imposible. El capitán y sus compañeros se metie-

ron por el desfiladero, que daba muchos rodeos, y al cabo de diez minutos, salieron á un valle que descendía rápidamente hasta el desierto.

—¡Hurra! ¡Ved allí el Halcon!—gritó Rokoff—. Estamos en salvo . . .

En efecto; reclinada sobre la arena se veía la máquina voladora, con sus inmensas alas extendidas. Una mancha negra se movía sobre la arena, ya separándose, ya acercándose al huso.

—Un compañero de los nuestros, que vigila—dijo el capitán—. Descendamos, amigos míos.

—¿Y el torrente?

—Lo siento correr por nuestra derecha,

—¿Iremos después á explorarlo?

—Seguramente, señor Fedor, pues yo también tengo interés en recobrar el jack.

Comenzaron á descender por el valle, parándose de cuando en cuando por temor de encontrar de nuevo á los terribles animales, encuentro que hubiese tenido fatalísimas consecuencias, pues los cazadores no tenían carabinas, por haberlas perdido en el fondo del torrente. A las seis de la tarde pisaban las arenas del desierto. Iban á dirigirse al Halcon, cuando Rokoff señaló una bandada de grandes pajarracos que se levantaba y descendía detrás de un grupo de rocas.

—Capitán, ¿no son buitres aquellos volátiles?

—Sí—respondió el interrogado, despues de haberlos observado por algunos minutos—.

Debe de haber por aquí algún cadáver, pues de otro modo no se comprende que hayan acudido en tan gran número.

—¿No será nuestro jack?

—Lo estaba pensando en este mismo momento. De seguro correrá el torrente ó el río, ó lo que sea, por detrás de aquellas rocas.

—¿Y dejaremos que esos pajarracos se coman nuestro jack?

—No por cierto — contestó el capitán —. Nosotros lo hemos cazado y nos pertenece por legítimo derecho. Llegáos al Halcon y decidle al maquinista que venga á reunírsenos. Debe de distar dos millas á lo sumo.

Mientras Fedor, á quien esas palabras se habían dirigido, se alejaba, el capitán y el cosaco daban la vuelta al abrupto grupo de

rocas que formaban el último baluarte de la cadena.

El torrente, convertido en ancho río, corría detrás del grupo rocoso, dirigiéndose hacia el Este. Era un afluente del Darja, ó tal vez corriera á desembocar en el lago de Tustik-Dung, ó al más emplio de Lob-noor. Sus aguas fertilizaban ya las áridas tierras del desierto.

Sobre sus riberas se veían bastantes abedules enanos y alguna que otra mata de retamas.

—¡Ved ahí los buitres!—gritó Rokoff—. Rescatemos nuestra caza. Observad cómo levantan el vuelo, llevándose pedazos de carne ensangrentada . . . ¡Los malditos bichos!

Aceleraron el paso y llegaron á la orilla. No se habían engañado; el jack había encallado



Unos cuarenta buitres, de cuello pelado y plumas grifas,
estaban despedazándolo.

LOS HIJOS DEL AIRE

en un banco de arena, y unos cuarenta buitres, de cuello pelado y plumas grifas, estaban despedazándolo con feroz algarabía de graznidos: hubo necesidad de tirarles muchas piedras antes de conseguir que abandonasen su botín, ya comenzado á devorar, y en cuyo cuerpo habían practicado por diversos puntos profundas calas y enormes boquetes. Sin embargo, quedaba carne suficiente para asegurar á los cinco aeronautas una provisión para más de un mes.

Las continuas caídas por las cascadas y los tropezones con las peñas, habían puesto el cuerpo del pobre jack en un estado lastimoso. Tenía rotos casi todos los huesos y la carne desgarrada por diversos puntos.

—Así estará más blanda—dijo Rokoff.

E M I L I O S A L G A R I

El Halcon llegó en esto, volando á poca distancia del suelo. Se detuvo; aterró á cincuenta pasos de la orilla, y salieron de él el maquinista y el desconocido, armados de machetes.

Dos horas después, el jack, reducido á pedazos, había pasado á las cámaras frigoríficas del Halcon.

IV

EN LAS MESETAS DEL TIBET

Treinta y seis horas después el Halcon, después de cruzar y dejar atrás lo que le faltaba que recorrer del desierto de Chamo, y de atravesar la imponente cadena de los Aliyntag, entraba en el Tibet por un paso del Tokus-deban-geb.

El Tibet, tierra misteriosa de interminables mesetas, azotadas por los helados vientos del Septentrión, conocido hace tantos siglos, ha estado, sin embargo, cerrado hasta ahora á los europeos. Poquísimos de éstos, llevados por el deseo de estudiar de cerca la religión del potentísimo Lama, han podido penetrar en su territorio, arrojando á cada paso la muerte.

Esa inmensa región, que ocupa el centro del

Asia, cerrada por abruptas montañas, sin apenas pasos, y llena de mesetas desiertas, en las que, los hombres, á duras penas pueden vivir, y que, al Norte confina con la Mongolia, al Sur con la enorme cadena del Himalaya, al Este con la China y con la Birmania alta, y al Oeste con Pamir y con el Turkestán, es el país más horrible que puede imaginarse. Está constituido por una serie de altísimas mesetas cubiertas de nieve la mayor parte del año y barridas por vientos glaciales. Sus tierras son espantosamente áridas; sus montañas se levantan á inconmensurables alturas y están cubiertas de ventisqueros que alimentan los ríos más caudalosos del Asia, de la India, de Birmania y de Siam, y están llenas de barrancos, despeñaderos, y volcanes apagados en su mayor

L O S H I J O S D E L A I R E

parte. Sólo en su parte meridional hay algunos valles y mesetas relativamente fértiles y en clima menos áspero, donde pueden cosecharse algunos cereales y apacentarse algunos ganados. Sus regiones septentrionales y centrales son espantosos desiertos, más áridos que el Chamo y el Sahara.

Abunda allí el agua, sin embargo. Por doquiera corren ríos caudalosos, aunque encerrados en barrancos salvajes y abruptísimas angosturas. También hay muchísimos lagos, célebres algunos de ellos, pues en sus riberas se levantan los templos más famosos y los más nombrados monasterios de Lama, que todos los años atraen millares y millares de peregrinos procedente de la India, de China, de Mongolia, de Birmania y de Siam, que reali-

zan viajes que asustarían á los más audaces exploradores europeos.

El Tibet es la Meca del budismo, religión antiquísima, hija de la de los Brahma, Sivah y Visnu. Cuenta con trescientos millones de fieles repartidos por toda el Asia, y en sus monasterios se pueden contemplar los Budas vivientes, encarnaciones del dios que todavía no ha muerto.

Y allí, entre aquellas misteriosas montañas, es donde viven el Gran Lama inmortal y su pontífice el Dalai Lama; allí, en los monasterios del Tengri-Noor, el Lago Sagrado, se conservan las reliquias más antiguas de esa religión; allí se encuentran á cada paso vestigios antiquísimos relativos á la historia del budismo; allí se halla también la enorme pirá-

L O S H I J O S D E L A I R E

mide que tiene la forma de una pagoda derruída, habitación del Mahabeo ó Gran Dios, el primero y más fiero de los Olímpios; la montaña sagrada que vió resplandecer por vez primera la luz esplendorosa de la divinidad y que, según la leyenda, tiene cuatro facetas, una de oro, la segunda de plata, de rubíes la tercera y la cuarta de carbunclos, y donde fué construído el primer templo budista, diez siglos antes de la Era Cristiana; montaña divina, por cuyas vertientes descenden los ríos más sagrados de la India; el Ganges, el Indo, el Sampo y el Suledje, y de cuyas cavernas han salido los cuatro animales más famosos y venerados que se conocen: el elefante, la vaca, el león y el caballo, símbolo de las cuatro corrientes de agua reputadas como sagradas.

El cosaco, el ruso y el capitán, al ver extenderse ante ellos aquella inmensa región de misterios, y aquellas mesetas que parecían no tener fin, habían experimentado una emoción intensa.

—No sé lo que tiene este aire tan frío, ni la vista de este desierto, pero me siento convulso. ¿Obedecerá, tal vez, al enrarecimiento del aire? —había dicho Rokoff.

—Puede ser—le respondió el capitán. Nos encontramos á cuatro mil metros sobre el nivel del mar y continuamos ascendiendo. No me sorprendería que más adelante sufrieseis náuseas.

—¡Qué país más horrible! No se ven más que montañas, hielos, ventisqueros, barrancos, gargantas y abismos que parecen no tener

fondo. Buda no debió encontrarse muy bien en estos andurriales, y digan lo que quieran sus adoradores, echaría de menos á menudo la dulcísima temperatura de las fértiles campiñas de la India.

—Y los habitantes, ¿dónde estarán? Hasta ahora no hemos visto ni una cabaña, ni una tienda, ni lugar alguno habitado.

—Tardaremos bastante en llegar á verlos, señor Rokoff. ¿Quién sería capaz de vivir en este desierto? Sólo en pleno verano se aventuran algunas cuadrillas de bandoleros á acampar en medio de los barrancos, en espera de que pasen los peregrinos mongoles que van á visitar los monasterios del lago Tengri-Noor, para echar en sus aguas, consideradas como sagradas, las cenizas de sus célebres jefes.

—¿Quizás porque creen que de ese modo llegarán más pronto al Nirvana de Buda?— preguntó Fedor.

—Lo ignoro, pero quizás sea por eso—contestó el capitán—. Los indios arrojan al Ganges sus cadáveres, y los tibetanos al Tengri-Noor. En este país se tocan las religiones de Brahma y de Buda. También los indios emprenden largas peregrinaciones á través del Tibet, donde tienen también un monte sagrado . . .

—¿Y qué montaña es aquélla, altísima, que se levanta allá lejos como una pirámide, toda blanca y con las faldas cubiertas de hielo?— preguntó Rokoff señalando hacia una que se destacaba sobre el puro azul del cielo en el lejano horizonte.

—Es el Kremli, que tiene seis mil metros de altura—contestó el capitán. Esa montaña tiene también carácter sagrado para no sé qué secta.

—¡Cuántas religiones raras! —dijo Rokoff—. Capitán, ¿iremos á visitar también la capital del Tibet?

—Pasaremos por encima sin detenernos. Los tibetanos no miran con buenos ojos á los extranjeros, y si nos cogiesen serían capaces de acabar con nosotros de mala manera metiéndonos, por ejemplo, en cualquier subterráneo lleno de escorpiones.

—¿Qué estáis diciendo?—preguntó Fedor.

—Así se cuenta que hacen morir á sus prisioneros, aunque hay que desconfiar mucho de cuantas noticias corren sobre el Tibet y sus habitantes y costumbres.

—Lo mejor, por si acaso, será evitar caer en sus manos.

—No tomaremos tierra más que en los lugares absolutamente desiertos. Aquí no corremos ningún peligro por estar estas mesetas despobladas; pero al Sur, en la región de los lagos y en los profundos valles de Tschantschu, deberemos ser prudentísimos. Los lamas no bromean ni toleran á los extranjeros dentro de su país, y en especial á los europeos. Ved la gran meseta.

—El frío va arreciando—dijo Rokoff.

—Es natural; é irá aumentando cada vez más—le contestó el capitán—. Pongámonos nuestra ropa de invierno y caldeemos el huso. El aire líquido es bueno para los países calurosos, pero no para donde hace tanto frío como aquí.

L O S H I J O S D E L A I R E

El Halcon, que seguía remontándose, había llegado á una altura de cinco mil metros para poder sobrepujar el nivel de la enorme meseta, y todavía no era bastante, porque más al Sur se descubrían cadenas de montañas mucho más altas que formaban una barrera gigantesca. El panorama que se descubría era de una belleza salvaje y espantosa; parecía que de un momento á otro hubiesen de encontrarse y descender sobre las desiertas llanuras de la Groenlandia ó entre las terribles montañas de la Islandia.

Era un caos de llanuras que se alzaban en gigantescas gradas que parecían tocar al cielo. Todo estaba blanco, de una blancura inmaculada que deslumbraba. Acá y allá resplandecían como colosales diamantes los ventisqueros. Los pies de ellos iban á esconderse en profun-

dos abismos, de donde brotaban los torrentes que habían de convertirse mucho más allá en los caudalosísimos ríos que corren por la India, la China y la Indo—china y que riegan y fertilizan las regiones más ricas y pobladas del mundo.

Un viento glacial, que hacía vibrar las alas del Halcon y que silbaba furiosamente al chocar en los planos sustentadores, sacudía bruscamente al aerostato. Era tan seco que arrugaba y agrietaba la epidermis. A veces eran tan violentas las ráfagas, que la nieve se elevaba en remolinos que arrastraban al Halcon, venciendo la resistencia de su empuje á pesar de la rapidez con que batía sus poderosas alas. Al poco rato cesaban los silbidos y los ruidos; la nieve tornaba á caer tranquila; el si-

L O S . H I J O S . D E L . A I R E

lencio volvía de nuevo á imperar sobre la inmensa meseta, silencio pavoroso que producía en el ánimo de los aeronautas una impresión hondísima, como si fuese precursor de alguna catástrofe.

A cada momento se oían crujidos tremendos que resonaban como estampidos. Eran avalanchas de nieve que se desprendían de las cumbres de los picos y que rodaban por las vertientes, desapareciendo abismadas en las grietas que por todas partes se abrían.

—¡Qué país más horrible!—exclamó Rokoff, que después de haberse abrigado bien con unas cuantas pieles que le proporcionó el capitán, había vuelto á ocupar su puesto á proa del huso—. No creí que existiera uno semejante. ¿Y cuánto tardaremos en atravesarlo, capitán?

—Lo menos tres días — respondió éste—. He ordenado se imprima al Halcon la mayor velocidad posible; pero la distancia que tenemos que atravesar es enorme y además este viento dificulta la carrera.

—¿No nos causará ninguna avería en las alas?

—No creo; pero en tal caso se recompondría.

—Sería desagradable, sin embargo, que en estos momentos se detuviese nuestra máquina, dejándonos en medio de estas mesetas tan inhospitalarias.

—No os preocupéis, señor Rokoff. La máquina es muy resistente. Creo que atravesaremos felizmente el Tibet y pararemos en la India . . .

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿En la India? — preguntaron al mismo tiempo Rokoff y Fedor—. ¿Entonces no vamos ya más hacia el Occidente? . . .

—No, señores. Circunstancias especiales me obligan á faltar á mi promesa. Iremos á Bengala, en donde podréis tomar pasaje para Europa en cualquiera de los muchos vapores que de allí parten para los países de Occidente. En veinte días podréis encontraros en Odessa.

—¿Habéis comunicado con alguno durante el viaje?—preguntó Fedor.

—No, pues no tengo amigos en el Asia Central. Me es indispensable ir á otros países á donde no podéis seguirme, bien á pesar mío, sobre todo desde que he podido conoceros y apreciar en vosotros cualidades que os hacen dignos de que os llame verdaderos amigos míos.

—Me extraña, ciertamente, vuestra resolución imprevista.

—No depende de mí, sino de aquel hombre que habéis encontrado á bordo del Halcon después de la pesca de las famosas truchas del lago de Karakorum. El no puede seguirme á Europa.

—¿Por qué motivo?

—Os ruego de veras que no me preguntéis sobre el particular, pues no puedo daros explicaciones. ¡Ah! Mirad cómo brilla la cadena de Fschong-kum-kul . . . Es maravillosa. Detrás está el lago, que podremos ver dentro de poco. Maquinista, levanta un poco y ten cuidado no vayamos á estrellarnos contra aquellos picos . . .

Como hacia siempre, cuando no quería dar explicaciones, el capitán había cambiado brus-

camente de conversación aprovechando la ocasión de tener á la vista aquellas montañas que parecían haberse presentado de improviso en la meseta.

Rokoff y Fedor consideraron importuno seguir preguntándole y pusieron toda su atención en el imponente panorama que se extendía ante sus admirados ojos.

La meseta cambiaba, elevándose rápidamente en escalones cada vez más gigantescos que iban á apoyarse en el Fschong-kum-kul. Ya no había escarpaduras, ni barrancos, ni grietas; pero el terreno estaba removido como por un violentísimo terremoto.

Por todas partes se veían conglomerados y vestigios graníticos; enormes peñascos, destrozados por ignotas convulsiones de la tierra;

cráteres de antiguos volcanes ya apagados; promontorios de pedruscos incrustados en el hielo; charcos y lechos de lagunas cubiertos de nieve ó hielo, verdaderos mares, tan resplandecientes que su luz dañaba los ojos.

Al Sur se agigantaba la cadena por momentos. Era un caos de pirámides y agujas coronadas ó cubiertas de nieve, que se alzaban valientes hasta el cielo como si quisieran perforarlo, rodeadas por todas partes de grietas que debían de ser de profundidad enorme.

El Halcon había comenzado á remontarse, ayudado por las hélices horizontales que giraban vertiginosamente, mientras las dos enormes alas batían precipitadamente al aire.

Comenzaba la respiración á ser penosa para todos, incluso para el capitán, sin embargo de

L O S H I J O S D E L A I R E

estar este último muy acostumbrado á las grandes alturas. Experimentaban vahídos, náuseas, zumbido en los oídos y una extrema debilidad. Era el mal de las montañas, producido por el enrarecimiento del aire, muy común entre los alpinistas, y, sobre todo, entre los habitantes de los Andes, que le llaman el *puna*.

—¿Qué sucede, capitán? — preguntó Rokoff—. Me siento como borracho ó como si estuviera embarcado.

—Pues á mí me parece que me sofoco—dijo Fedor—. Siento cierta angustia y me laten las sienas . . .

—Estamos á siete mil quinientos metros de altura, señores míos — respondió el capitán, después de haber observado los barómetros

suspendidos en la balaustrada—. A semejante altura el aire es casi irrespirable, pero cesarán vuestras náuseas cuando hayamos traspasado aquella cadena de montañas, pues entonces podremos descender bastante.

—¿Sienten también los animales los efectos de la altura?

—Más que los hombres, señor Rokoff. Ya podéis notar que en estas mesetas no encontramos ni un camello, ni un carnero, ni siquiera un jack. A estas alturas la vida es casi imposible.

—¿Y nos remontaremos más todavía?

—No, no sería prudente; podríamos asfixiarnos ó ser atacados por esas emorragias nasales de que hablan los libros de física y de medicina, que tan peligrosas son y que debemos evitar a todo trance.

—¿Os habéis elevado alguna vez á mayor altura que ésta?—preguntó Fedor.

—He llegado alguna vez á los diez mil metros, haciendo uso de balones de oxígeno; sin embargo, no me siento con fuerzas para repetir la prueba. Quería averiguar qué espesor tiene la capa de aire que circunda nuestro globo . . .

—¿Para llegar á la Luna?—preguntó Rokoff en broma.

—No, para ver el Sol de color violeta?

—¿Qué es lo que decís, capitán? ¿El Sol de color violeta?

—Sí, violeta. ¿Es que vos también creéis que el Sol es amarillo, como lo vemos ahora?

—Capitán, no he visto nunca cambiar de color al Sol.

—Ni yo tampoco, y, sin embargo, no es amarillo, y si no hubiese la masa de aire que hay alrededor de la tierra, todo lo veríamos, durante el día por lo menos, de color violeta. Los últimos estudios y las últimas y más diligentes observaciones de los astrónomos europeos y americanos, no dejan lugar á dudas. Si se retirase la atmósfera que nos rodea, que es un velo engañoso para nuestra vista, se verían cosas asombrosísimas que hoy en día no podemos ni figurarnos. Sin el aire no veríamos el cielo, ni en la mitad del día, azul como lo vemos ahora, sino negro, y en el fondo de ese abismo tenebroso veríamos flamear un gran astro de color violeta.

—¿Habéis dicho que veríamos el cielo negro? . . .

—Seguramente, señor Rokoff.

—¿Y por qué lo vemos tan azul?

—Sencillamente por la refracción de nuestra atmósfera, la cual se satura de luz, de vapores y de miriadas de gérmenes errantes y de polvaredas impalpables. Langley, el secretario del Instituto Smithsoniano de los Estados Unidos, y Su, el famoso astrónomo del Observatorio de Washington, lo han demostrado palpablemente.

—Pero, ¿por qué vemos amarillos los rayos del Sol?

—Porque, además de los rayos violeta, componen la luz solar los rayos amarillos, y como éstos tienen una onda vibratoria más larga y de mayor extensión, llegan primero. Cuando los rayos violeta llegan á

nosotros, los primeros han saturado ya nuestra atmósfera (1).

—Y los demás astros, ¿serán también de otros colores?

—Claro está, señor Rokoff. La estrella Es-

(1) Realmente componen la luz solar siete colores fundamentales, que como es sabido, forman ó constituyen lo que se llama el espectro del Sol. Desde cualquier punto del espacio sideral, aparece el astro rey, no amarillo como le vemos nosotros, á través de la atmósfera, ni violeta, como da el autor á entender, sino más bien azul verdoso, color resultante de la combinación simple de los siete constituyentes de la luz. En cuanto á la razón de que nosotros percibamos con mayor intensidad el amarillo, no es tampoco la que el autor aduce. Según Keppler (*Die astronomischen Lichtvorgaenge*, Leipzig, 1908, tomo III), la razón del fenómeno más admisible, es la diferencia de potencia reflectiva, pues mientras los rayos violeta son absorbidos por las partículas impalpables que flotan en el aire, los amarillos, por el contrario, son reflejados, llegando por tal causa casi puros á nuestras retinas.—(N. del T.)

corpión, por ejemplo, es de un color rojo flamígero, mientras que su vecina, la que vemos á su lado, es un pequeño Sol verde pálido. Sirio es de color violeta obscuro; la *Beta* de la constelación Cisne es violeta, mientras que su adlátere es de color amarillo pálido.

—Nuestro Sol debe de ser enorme cuando tanto calor reparte . . .

—Figuráos . . . Un millón y doscientas cincuenta mil veces mayor que la Tierra, señor Rokoff.

—¡Qué papel más mezquino hace á su lado nuestro globo!

—Pues el mismo papel hace el mismo Sol al lado de Arturo, que irradia por el cielo cinco mil veces más luz y más calor que él—dijo el capitán.

—Sin embargo, nuestro sol debe producir calor y luz en cantidad enorme — intervino Fedor.

—Tanto calor que, si se pudiera acumular, en un segundo pondría en ebullición quinientos millones de *kilómetros cúbicos de hielo*.

—¡Misericordia! — exclamó Rokoff —. Siento que me abraso, á pesar de este viento helado que me levanta la piel de la cara . . .

—Entonces nuestro globo no debe de recibir más que una pequeña parte del calor irradiado por el Sol . . .

—Si es cierto lo que dicen los hombres de ciencia, el calor del Sol no ha alcanzado aún su intensidad máxima. Se cree que seguirá aumentando durante más de setecientos ú ochocientos mil años, y que después irá decreciendo hasta extinguirse.

—Y qué pasará entonces en la Tierra?—
preguntó Rokoff.

—Pues que si no se han abrasado antes sus habitantes, pasarán muy mal rato. La Tierra se irá esterilizando poco á poco por falta de calor; los hielos irán extendiéndose cada vez más desde los Polos sobre lo demás de su superficie hasta acabar por cubrirla por completo. Los seres vivientes se irán replegando poco á poco hacia el Ecuador, hasta que suene para ellos la hora fatal.

—¡Capitán, siento frío! . . . ¡Me veo ya embutido en una masa de hielo! . . .—dijo Rokoff.

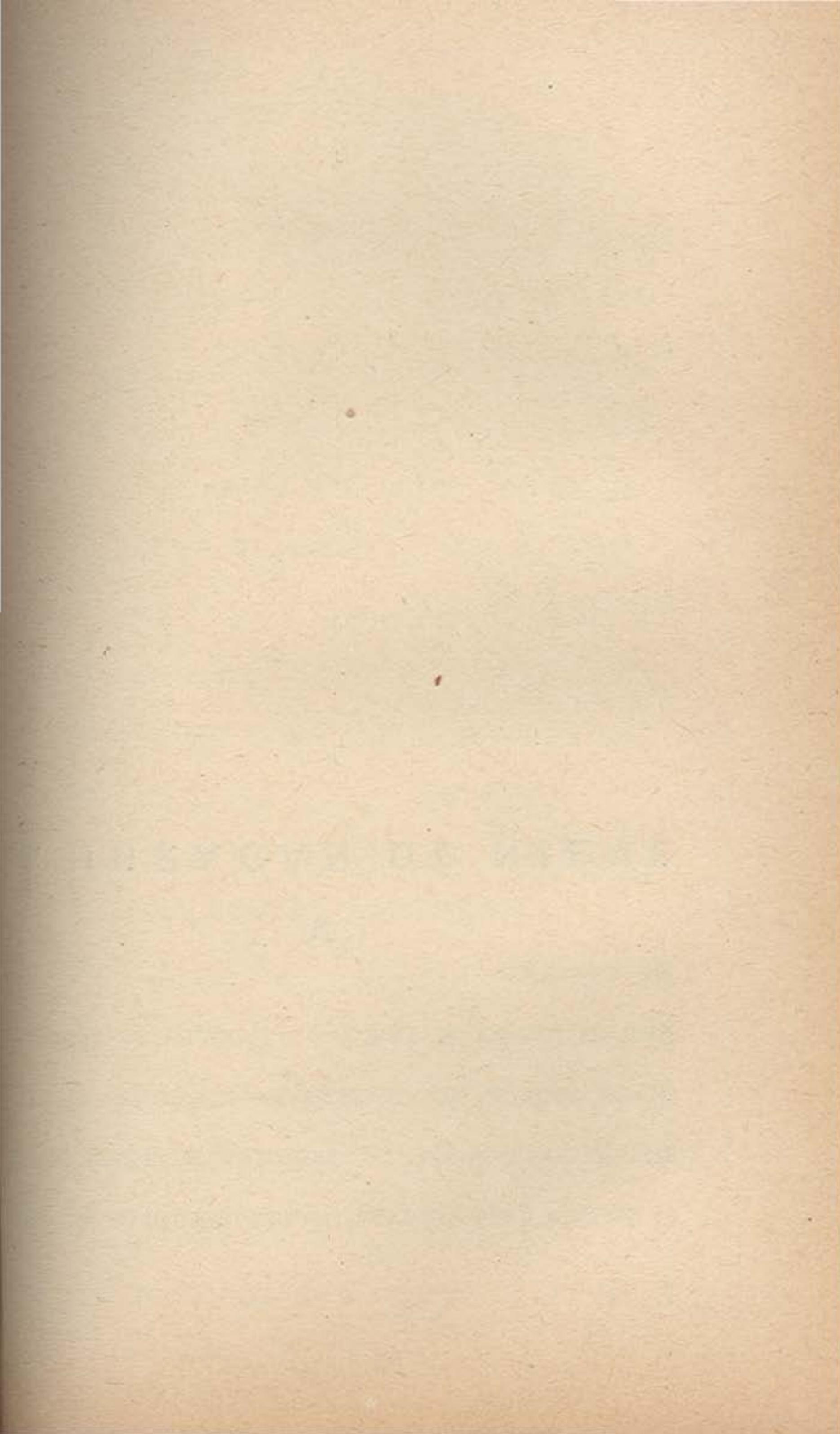
—De aquí á entonces . . . —dijo el capitán—, ¿dónde estarán nuestros huesos? Dejemos que tiemblen nuestros descendientes . . .

E M I L I O S A L G A R I

si es que esas teorías de los hombres de ciencia no son sueños . . . Señores, estamos pasando la cadena de montañas—continuó el capitán variando de tema—. Pronto se acabarán las náuseas.

V

EL HURACÁN DE NIEVE



En su último vuelo había llegado el Halcon á los primeros picos de los Tschong-kum-kul, descendiendo inmediatamente después á un inmenso valle flanqueado por dos imponentes glaciares para sustraer á los aeronautas á los efectos del enrarecimiento del aire, que comenzaba á producir sus peligrosos efectos con tal intensidad, que hacía vacilar y palidecer hasta al mismo Capitán y al maquinista.

El fondo de aquel abismo, que parecía tener una profundidad de más de mil metros, estaba regado por un río, afluente, sin duda, del lago Kum-kul-Darja, que se precipitaba dando saltos gigantescos á través de las peñas y esca-

lones, cuyos fragores, centuplicados por el eco de las montañas, llegaban hasta los oídos de los aeronautas.

¡Qué panorama más salvaje! Era una de aquellas escenas que en ninguna parte del mundo pueden verse más que allí. El espectáculo tenía horror sublime, imponente grandeza.

El Halcon, que avanzaba con una velocidad de treinta kilómetros por hora, descendía al abismo; volaba otras veces sobre las superficies brillantes de los glaciares, de cuyas márgenes se precipitaban á un tiempo masas enormes de hielo y columnas de agua. Otras veces se elevaba para evitar el choque con alguna pirámide que le cerraba el paso con su masa.

Esforzábese, no obstante, por sostenerse en una dirección constante. De cuando en cuando,

L O S H I J O S D E L A I R E

por las gargantas de las montañas soplaban ráfagas de aire tan furiosas que le hacían derivar, ya á la derecha, ya á la izquierda, llegando hasta á encorvar sus planos sustentadores.

A veces caía con rapidez, arrastrado por el ímpetu del viento, y se libraba torciéndose hacia un lado ú otro, con gran susto de Rokoff y Fedor, que temían verlo precipitarse hasta el fondo de alguno de aquellos barrancos espantosos.

Una oportuna maniobra del timón le hacía recobrar su primitiva dirección; el mismo capitán llegó á palidecer más de una vez, creyendo inevitable una catástrofe.

A las seis de la tarde abandonaba el Halcon aquel valle, iniciando su descenso hacia las mesetas opuestas. Habían traspasado la cadena de montañas y, á los últimos resplandores

del sol poniente, se distinguieron hacia el Este las aguas del lago, encerrado entre montañas gigantescas. Hacíaseles preciso detenerse y hacer una escala, no sólo porque todos estaban cansados, sino también á causa del frío que experimentaban.

El capitán se puso á observar para ver si encontraban un lugar que, resguardado de los vientos, ofreciera condiciones para aterrizar, sin peligro de ser envueltos por una avalancha.

Allí—dijo con un gesto, señalando una especie de hondonada circundada por un anfiteatro de murallas graníticas—. Aquello parece construído expresamente para nosotros.

El Halcon comenzaba á descender, luchando fatigosamente contra el viento, que no cesaba de embestirle.

L O S H I J O S D E L A I R E

Traspasó las rocas y se reclinó dulcemente sobre el lecho de nieve que cubría el suelo en el fondo de aquella depresión del terreno.

Revisaron al punto las alas y los planos sustentadores, para cerciorarse de que no habían sufrido ninguna avería. Después se apresuraron todos á entrar en el interior del huso, en donde se había encendido una pequeña estufa de carbón.

Fuera del huso, después de la puesta del Sol, el frío se hizo intenso y el viento crudísimo, arremolinando en torbellinos los copos de nieve que sus ráfagas arrancaban de la superficie de las mesetas.

Cerraron la escotilla, cenaron de prisa y se metieron en sus lechos, contentísimos de hallarse á cubierto en un lugar templado, des-

pués de haber pasado tantas fatigas y tanto frío, azotados por las ráfagas de viento y de nieve.

La noche pasó tranquila. Además, ¿quién podía importunarles con visitas á deshora, en aquel desierto de hielo, inhabitable para cualquier sér humano?

A las ocho de la mañana el Halcon reanudó su carrera con rumbo al Sudeste, directamente hacia la cadena de Crevaux y las mesetas de Kuku-Noor.

El tiempo no podía ser peor. Nevaba atrocemente y el viento soplaba con furia, haciendo vibrar las armaduras de acero de las alas del aerostato.

—Tendremos tormenta—dijo el capitán algo inquieto.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¿No hubiese sido mejor quedarnos quietos en el sitio en que habíamos acampado?— preguntó Rokoff.

—El viento nos hubiera estropeado las alas del aparato al hacerlas chocar contra el suelo. Prefiero afrontar la borrasca... Nos mantendremos, sin embargo, próximos al suelo, ya que no tenemos alturas que pasar por ahora, hasta Crevaux, adonde no llegaremos hasta por la noche. ¿Sabéis que seguimos un camino recorrido ya una vez por un europeo?

—No; ¿por quién?—preguntó Rokoff.

—Por Donvalot en el invierno de 1889 á 1890.

—Capitán, se ven habitaciones en aquel valle —exclamó Rokoff.

—También Donvaiot encontró habitantes en esta parte de la meseta.

—¡Que vida deben llevar esos desgraciados!

—Parecida á la de los esquimales. No dejan sus chozas más que en el verano, para dedicarse á la caza ó para llevar á pastar á sus camellos y ovejas.

—Pero, ¿qué pastos van á encontrar por aquí? Si esto está desoladísimo . . .

Miseras gramíneas y algunos haces de hierba corta y leñosa, que no debe ser muy excelente ni aun para los animales más sobrios.

—¿Qué es lo que es aquella construcción que se distingue allí en el fondo de aquel barranco tan profundo?—preguntó Fedor.

—Un monasteria budista—respondió el capitán.

—¿En medio de este desierto?

—¡Ah, querido! Este desierto es sagrado, como todos los de los alrededores del Tengri-Noor y de Lhassa. El Tibet entero es tierra venerada; todos los picachos y grietas son de origen divino para los budistas: hasta las piedras y cantos les parecen cosa santa y los miran como reliquias.

—¿Nos recibirían mal si descendiésemos en ese monasterio?—preguntó Rokoff.

—En nuestra condición de extranjeros, no budistas, no podemos esperar buen recibimiento—respondió el capitán—. Por eso me parece que debemos continuar nuestro viaje, manteniéndonos á prudente distancia de todos.

—¿Y qué es lo que hacen los monjes de estos monasterios en estos lugares tan inhospitalarios?

—Pues se dedican á recoger los restos de los peregrinos muertos por los sufrimientos, hambres y fatigas ó por las balas de los bandidos que los acechan, después los queman y remiten sus cenizas á los monjes del Tengri-Noor para que las viertan en el agua del lago más sagrado de esta región...

El viaje continuó durante algún tiempo sin novedad, aunque siempre luchando con obstáculos que lo hacían peligroso y difícil. Las ráfagas de nieve aumentaban en violencia; el viento, ya desencadenado y franco, soplabá con furia irresistible, amenazando deshacer la armazón sustentadora del Halcon.

L O S H I J O S D E L A I R E

Una espesa niebla se extendía poco á poco sobre la meseta, cubriendo las hondonadas y los barrancos y abismos, haciendo que las montañas se cubriesen de un velo blanquecino. La nieve caía en turbiones violentos y tan espesos que, algunas veces. Rokoff, Fedor y el capitán perdían de vista al maquinista y al desconocido, que seguían en la popa del huso.

El Halcon, aunque sus hélices y alas se movían vertiginosamente, daba bruscas guiñadas, y derivaba á diestro y siniestro, como imitando el vuelo incierto de los gorriones. A veces lo abatía el viento, pero pasada la ráfaga, el huso se equilibraba, reanudando su segura carrera á través de las mesetas. Todos estaban inquietos, hasta el capitán, que temía verse

obligado á ceder y aterrar en medio del turbión de nieve. Además, había otro peligro gravísimo: el de ir á dar repentinamente contra un pico cualquiera, que la niebla no hubiese permitido distinguir á tiempo.

—¿Cómo acabará esta carrera?—preguntó Rokoff al capitán. ¿Conseguiremos correr el temporal sin sufrir ninguna avería? No olvidéis que una de las alas fué destrozada en el Hoang-ho.

—Lo sé—respondió el capitán, cuya frente se nubló.—Pero, ¿dónde descender? No distinguimos la meseta y podríamos caer en cualquier abismo...

—Y subiendo á mayor altura, ¿no conseguiríamos nada?

—En las altas regiones el viento será más

L O S H I J O S D E L A I R E

impetuoso. Y para convencerlos, observad cómo corren las nubes arrastradas por el huracán . . .

—Sabéis dónde nos encontramos?

—Sé que corremos hacia Crevaux.

—¿Y estaremos muy lejos todavía?

—Supongo que sí.

—¿No nos estrellaremos contra aquellos picos?

—No son muy altos, señor Rokoff. Uno solamente, el Ruysbruk, me preocupa, porque no sé su altura.

—Esperemos que el viento no nos empuje hacia él. ¿Dónde está ese pico?

—Al Oeste.

—Pues el viento sopla siempre del Oeste

—observó el cosaco. ¿Esto de no poder ver

nada! . . . La niebla envuelve toda la meseta y va haciéndose cada vez más espesa.

—Pues esta es otra; me parece sentir que cruje el ala que se recompuso—dijo el capitán, cada vez más preocupado. Acabará por doblarse ó partirse.

—¿Y nos caeremos?—preguntó Rokoff.

—Quedarían los planos sustentadores que nos soportarían admirablemente. Un descenso, á pesar de este viento tan fortísimo, no me asusta.

La situación del Halcon se agravaba por momentos. Las ráfagas eran cada vez más violentas y le hacían cambiar de dirección á pesar de la poderosa impulsión de las alas. El timón no servía casi de nada. El huso caía, volvía á levantarse, giraba en medio de los re-

L O S H I J O S D E L A I R E

molinos tornaba después á equilibrarse sin rumbo fijo, sin dirección constante. Y mientras tanto la niebla lo envolvía, cubríalo la nieve, así como á los aeronautas, que apenas podían mantenerse con los ojos abiertos. De repente se tumbó la nave sobre uno de sus costados.

Rokoff dejó escapar un grito.

—¡Ya cedió el ala! ¡¡Nos caemos!!...

Era cierto. El ala averiada por la bala de los chinos y recompuesta después por el maquinista, se había roto nuevamente por el centro, doblándose en dos.

El capitán, al verla caer sobre el huso, se tornó pálido, pero pronto recobró su sangre fría.

—¡Para la máquina!!—gritó.

—¿Volcará el Halcon?—preguntaron al mismo tiempo Rokoff y Fedor.

—No; no hay peligro. Nos dejaremos llevar por el viento.

—¿Adónde iremos á caer?

—No lo sé. Ya veremos.

El Halcon descendía lentamente sostenido por sus planos sustentadores y por las hélices horizontales, que aún funcionaban con toda regularidad. El viento le empujaba hacia el Poniente, haciéndole describir zig-zags que inquietaban al ruso y al cosaco, que temían verse arrojados contra el suelo ó contra cualquier picacho. El capitán, á poyado en la borda, á proa, trataba de distinguir el suelo, que la niebla y los torbellinos de nieve le ocultaban.

L O S H I J O S D E L A I R E

¿Adónde iba á aterrarse el Halcon? ¿A la meseta, á la cumbre de alguna montaña ó al fondo de algún abismo?

—¿No se ve nada?—preguntó Rokoff, que se mantenía á un lado para que el huso no se desequilibrase.

—En absoluto. Pero no debemos de estar muy lejos del suelo.

—El viento nos arrastra y amenaza volcarnos. Chocaremos violentamente contra el suelo . . .

—No os soltéis. Sujetáos bien, no sea que salgáis despedidos.

—¡¡Maldita neblina!!

—¡¡Maquinista!!

—Señor . . .

—Fuera las hélices. Para por completo.

—¡Capitán!—exclamó de pronto Fedor—. El viento ha cesado de improvviso.

—Ya, ya lo he notado.

—¿Dónde estamos, pues?

—Supongo que descendemos en un abismo. ¿No oís el ruido del agua? Parece que estamos cerca de una cascada.

—Yo también lo oigo—añadió Rokoff.

—Juraría que he visto una muralla á traves de un girón de niebla—dijo Fedor.

—Debemos de estar en algún abismo—respondió el capitán—. De no ser así el viento seguiría soplando. Preparáos á saltar á tierra en cuanto toquemos en el suelo.

El Halcon continuaba lentamente su descenso sin sacudidas, como un aguilucho que cae muerto de un balazo. Ya no rugía el viento,

sino que, por el contrario, reinaba calma completa. Pudiera creerse que había traspuesto ya el borde de la meseta y salido de la región de la borrasca; pero la niebla seguía siendo tan espesa que no dejaba ver á los audaces aeronautas el punto donde caían.

Seguía oyéndose el ruido de la cascada siempre hacia la derecha y cada vez más recio. Debía de producirlo alguna enorme masa de agua, procedente de algún glaciár, al despeñarse en aquella grieta, barranco ó lo que fuese.

El capitán trataba de adivinar el punto en que descendían; pero eran vanos sus esfuerzos para penetrar con la vista á través de la espesa niebla.

Una media hora había pasado desde el momento en que se rompió el ala, cuando el huso

sufrió una sacudida, torciéndose de repente hacia su costado derecho.

—¡Capitán! — gritó Rokoff, agarrándose fuertemente á la balaustrada—. Hemos tocado tierra . . .

El capitán se había inclinado hacia fuera para reconocer el obstáculo, y vió confusamente una punta aguda, que parecía ceder bajo el peso del huso.

—Es la copa de un abeto ó de un pino . . . Parece que estamos sobre un bosque—dijo.

—¿Podremos descender?

En vez de responder, el capitán se abalanzó á la máquina, poniendo en movimiento la hélice de delante. Trataba de impulsar hacia adelante al Halcon temiendo que cayese en medio de algún bosque, lo cual hubiera podido ser

LOS HIJOS DEL AIRE

causa de alguna catástrofe ú ocasionar daños gravísimos, porque el huso, falto de espacio suficiente, podía muy bien averiarse y caer en medio de los árboles, destrozándose sus planos sustentadores y lacerándose las alas.

Parecíale al capitán, sin embargo, poco admisible que debajo de ellos hubiese un verdadero bosque, porque en las mesetas del Tibet septentrional no hay vegetación arbórea. Sólo algún abeto, algún pino que habiendo encontrado terreno favorable, pudiera haber crecido aisladamente . . . pero nada más.

Por fortuna, el Halcon, impulsado por la hélice, avanzaba lentamente alejándose de aquel obstáculo, que había deteriorado la parte inferior del huso, viniendo á caer bastante lejos de allí.

El capitán, que no había abandonado su puesto á proa, no veía nada. La niebla parecía más impenetrable que arriba en plena meseta.

De improviso el huso volvió á tocar tierra. Se oyeron gritos y crujidos de tablas y de ramas.

—¡¡Mil millones de rayos y truenos!!...— exclamó Rokoff—. ¿Aplastaremos á alguien?

—Me parece que hemos venido á caer sobre una casa...—dijo el capitán.

Oíanse gritos de terror entre la niebla, mientras el huso se inclinaba hacia la popa, obligado á ello por un obstáculo que no le permitía desplazarse horizontalmente; pero de pronto cedió el obstáculo y se destrozó con mil crujidos.

La habitación debía de haber sido despeda-

zada, porque el Halcon recobró su equilibrio, quedándose inmóvil.

—¡¡Las armas, las armas!!—gritó el capitán.

A través de la niebla había visto agitarse sombras humanas. El maquinista y su mudo compañero habían transportado á la cubierta los schneider y los remington.

El capitán saltó á tierra juntamente con Fedor y Rokoff, gritando en lengua mongola:

—¡Paz! ¡Paz! ¡No temáis, somos amigos! . . .

Acercáronse algunos hombres cubiertos de pieles, muy semejantes á osos.

—¿Quiénes sois?—preguntó una voz imperiosa.

—Amigos—respondió el capitán.

—¿De dónde habéis caído? Habéis destruido mi cabaña . . .

—Estamos dispuestos á indemnizaros de los daños que hayamos podido causaros.

—¿Sois mongoles?

—Europeos, que no os harán daño alguno.

—¿Qué es eso de europeos?

—Pues . . . hombres blancos—respondió el capitán—. ¿Quién manda en vosotros? Conducidme á la presencia de vuestro jefe.

Quince ó veinte hombres se habían reunido en torno al capitán y sus compañeros, mientras otros daban vueltas alrededor del Halcon tratando de explicarse lo que podía ser aquella masa que había caído de lo alto, destrozándoles sus casas.

Un hombre, gordo como un tonel, cubierto

L O S H I J O S D E L A I R E

con un gorro descomunal de piel y vestido con una zamarra de gruesísimo fieltro, se aproximó al capitán, diciendo:

—Si buscáis á la persona que aquí manda, esa soy yo. ¿Qué es lo que deseáis? ¿De qué punto habéis bajado á este valle sin pedirme á mí permiso? ¿Por qué habéis puesto en peligro la vida de mis súbditos? Os ha faltado muy poco para aplastar á una familia entera.

—El huracán nos ha hecho caer aquí muy á pesar nuestro. Si el viento no nos hubiera obligado, estad seguro de que no habríamos descendido.

—¿Y qué bestia es esa? ... porque seguramente será una bestia ...

—Es nuestra casa.

—¿Arrastrada también por el viento? ¿Y no os habeis matado? ¿Sois hombres ó demonios?

—Os he dicho ya que somos hombres blancos.

—Venid á mi cabaña. Quiero convencerme de que sois iguales á otros que pasaron por aquí hace ya muchísimos años...

—Os aconsejo que hagáis retirar á todos vuestros hombres del lado de nuestra casa. Podría reventar y haceros saltar á todos por el aire.

—¡Entonces vuestra casa es una mala bestia!—exclamó el tibetano retrocediendo precipitadamente.

—No la toquéis y no os hará ningún daño. Si nos concedéis hospitalidad, os haremos algunos regalos...

—Ya sé yo que los hombres blancos son generosos. Los otros también nos hicieron algunos regalos.

—¿A qué europeos alude?—preguntó Rokoff, al cual traducía el capitán las contestaciones del tibetano.

—A los de la misión de Bonvalot—respondió el capitán.

Estos montañeses deben de haber visto al príncipe de Orleans, el hijo del duque de Chartres y sobrino del pretendiente al trono de Francia. Ya que consienten en darnos hospitalidad, vamos á su cabaña inmediatamente. Aquí hace un frío espantoso y no se ve á dos pasos de distancia.

—¿Y el maquinista y vuestro amigo?—preguntó Fedor.

—Se quedarán de guardia á bordo del Halcon.

—¿No correrán ningún riesgo?

—Les he encargado que monten las ametralladoras pequeñas, y con un arsenal semejante pueden tenerse por seguros. Por otra parte, no me parece probable que estos montañeses tengan intenciones hostiles. Vamos á la cabaña del jefe.

Los tibetanos, después de haber dado unas cuantas vueltas alrededor del Halcon sin conseguir averiguar lo que era, á causa de la espesísima niebla que reinaba, se habían ido retirando poco á poco. No había quedado allí nadie más que el jefe.

—Os seguimos—dijo el capitán después de recibir del maquinista algunos víveres, al-



Un hombre, gordo como un tonel, cubierto con un gorro descomunal de piel.

L O S H I J O S D E L A I R E

gunas botellas y unas cuantas pequeñeces que le había pedido, y con las que pensaba regalar á aquellos montañeses tibetanos.

Cogidos de la mano para no perderse, dejáronse conducir. A derecha é izquierda se veían confusamente masas obscuras que bien podían ser tiendas ó cabañas, pero que la niebla impedía distinguir bien.

Después de treinta ó cuarenta pasos, el tibetano abrió una puerta y los introdujo en su habitación, formada por una sola pieza, alfombrada con pieles y adornada con calderos de cobre, cuartos de jack y colchones de fieltro, que debían de servir de lechos. En medio del aposento y sobre cuatro piedras, ardía el argol, que no es otra cosa que estiércol endurecido, único combustible que se usa

en las mesetas, el cual produce muchísimo humo. Para darle salida había un agujero en el techo, que no era bastante para impedir que se llenase de él la habitación. Tanto era que los aeronautas apenas podían respirar.

—¡Vayan al infierno los palacios tibetanos!—exclamó Rokoff, que tosía desaforadamente—. Esto es una guarida de lobos...

—Nos acostumbraremos muy pronto á este humo—respondió el capitán.

El jefe se había desembarazado, mientras tanto, de su enorme gabán de pieles, que estaba hecho de una piel entera de jack con el pelo hacia afuera, y de su gorro de piel de oso que le cubría media cara. Era el verdadero tipo del montañés tibetano: seco, bajo de estatura, los ojos pequeños algo oblicuos

L O S H I J O S D E L A I R E

propios de la raza mongola, sin un pelo en la cara y, en cambio, con una larga y en-crespada cabellera, muy abundante, que llevaba recogida en trenzas que le caían sobre la frente, baja y deprimida, y sobre las espaldas.

Tenía los pómulos mucho más pronunciados que los chinos, la nariz gruesa, la boca grande y provista de dientes largos y agudos, tan mal dispuestos y tan salientes, que le asomaban por entre los labios. Su piel desaparecía bajo una costra de inmundicia, una verdadera capa de porquería. Probablemente aquel hombre no se había lavado desde que vino al mundo.

Antes de acercarse á los aeronautas hizo una cortesía bufa, levantando después las palmas de las manos hasta la altura de la

frente y sacando fuera de los labios una lengua de cerca de medio pie de longitud, la hizo oscilar un rato de un modo burlesco.

—¡Por las estepas del Don!—exclamó Rokoff mirándole con estupor y disgusto.—¿Se estará divirtiendo á costa nuestra?

—Nos saluda—respondió el capitán.

—¿Con esa lengua? ¿De dónde la habrá sacado?

—Todos los tibetanos tienen la lengua muy larga.

—Decid que tienen una lengua monstruosa. ¡Es repugnante! Parece la de un oso de los hormigueros! . . .

—Si por fin nos quedamos aquí, ya tendréis ocasión de ver otras más grandes todavía.

—¡Por las estepas! . . .

L O S H I J O S D E L A I R E

El tibetano, después de aquel saludo y con una mímica muy expresiva, invitó á sus huéspedes á sentarse en torno del fuego, sobre unas alfombras de fieltro ya preparadas de antemano.

Todos los montañeses de aquellos contornos y los habitantes de la meseta central no se entienden entre sí más que por medio de señas, por las dificultades con que tropiezan para hablar, á causa sin duda del tamaño de sus lenguas y de la mala colocación de sus dientes. Pero por lo que quiera que sea, el hecho es que entre ellos no hablan casi nunca. Se expresan y se comprenden por señas y gestos que hacen con la boca y con la lengua, y ayudándose con los dedos.

Asimismo, cuando quieren saludar, en vez de dar cordialmente los buenos días ó las

buenas noches, se limitan á sacar la lengua cuanto les es posible. El jefe buscó un cuchillo, y de un cuarto de jack colgado de una de las paredes, arrancó unos cuantos pedazos enormes, presentándoselos á sus huéspedes é invitándoles á comer.

—¡Cien millones de centellas! — exclamó Rokoff—. Se ha creído que somos tigres, cuando así nos ofrece la carne cruda . . .

—No acostumbran á cocerla—dijo el capitán—. Estos montañeses viven de la manera más primitiva y no se alimentan más que de harina de cebada y carne cruda.

—Pues yo no pienso hacer los honores á este banquete de caníbales—dijo Fedor.

—Tenemos nuestras provisiones y veréis como el jefe no se hace suplicar mucho para aceptarlas.

L O S H I J O S D E L A I R E

Habían traído consigo unas cuantas cajas de carne en conserva, un pudín helado, azúcar para preparar el te y dos botellas de ginebra.

Depositaron todos los menesteres junto al fuego é invitaron al jefe á tomar parte en la comida. El montañés, al ver á sus huéspedes dejar intacta la carne cruda, se quedó algo confuso, pero aceptó muy pronto la parte que el capitán le ofrecía, atacando briosamente el pedazo de pudín, las galletas y la carne en conserva, y lanzando miradas ávidas sobre los terrones de azúcar.

—Ya conozco esos pedazos de piedra— dijo—. Los hombres blancos que pasaron por aquí, hace ya bastantes años, me los dieron á probar . . .

—¡Eh! Llama piedra al azúcar . . .—ex-

clamó Rokoff, después de haber oído la traducción—. Toma, queridísimo, para que te endulces la boca; después te la calentarás con la ginebra.

Terminado el almuerzo, el jefe, que se había puesto muy locuaz, después de haber bebido algunos vasitos de la bebida que le ofrecieron y que encontró exquisita, explicó al capitán el lugar en que habían venido á caer, y que no era más que un valle profundísimo, encerrado entre montañas cortadas á pico, y que tenía una sola salida por la parte de Ruysbruk, el pico más alto é imponente de la cadena de Crevaux, añadiendo que su tribu se componía de sesenta familias de pastores. Tenía curiosidad por saber cómo habían podido sus huéspedes caer desde tan alto sin romperse los huesos. Además, que-

ría saber qué era aquella masa enorme que había destrozado una cabaña.

A pesar de la explicación que le hicieron, como el tibetano no había oído nunca hablar de globos ni de máquinas voladoras y mucho menos de hombres que viajasen por las nubes, no quedó muy enterado.

—Si es cierto lo que me estás contando— concluyó el montañés—, tú debes de ser el hombre más poderoso de la tierra. Pero yo, hasta que no te vea volar como las águilas, no acabaré de creerte.

Quiso ver después los fusiles de los aeronautas, sin poder explicarse cómo podían hacer fuego sin tener mecha. Las miradas de ardiente codicia que lanzaba sobre aquellas armas, impresionaron al capitán.

—Concluirá por pedirnoslas—dijo el capitán á Rokoff y Fedor—. Pero ya nos guardaremos muy bien de dárselas. Que se contente con sus mosquetes de mecha. Dos horas más tarde dejaron la cabaña, no fiándose de dormir en compañía del tibetano. La niebla seguía y la nieve caía lenta y abundante sobre el valle.

Mientras tanto, el maquinista y el desconocido, para resguardar el puente del huso, habían tendido una inmensa tienda de tela impermeable, montando, además, una ametralladora de siete cañones dispuestos en forma de abanico, arma suficiente para mantener á respetuosa distancia á los tibetanos, si hubiesen tenido la ocurrencia de intentar algo contra el Halcon.

L O S H I J O S D E L ' A I R E

—¿No ha venido nadie á molestaros durante nuestra ausencia?—preguntó el capitán.

Hemos visto vagar algunas sombras alrededor del Halcon, pero se han alejado al oír nuestro grito de alarma.

—Aseguraría que no estáis tranquilo—dijo Fedor.

—Los tibetanos no ven á los extranjeros con buenos ojos—respondió el capitán—. Además, en estas gargantas no viven más que bandidos, pues por estos andurriales no se encuentran pastos por ninguna parte. Y además, ¿sabéis lo que me inquieta?

—Decid...

—El no haber visto mujeres. ¿Visteis vosotros alguna?

—¿De modo que no creéis que las cabañas estén habitadas por familias?

—No tal; solamente por hombres...

—Que seguramente nos molestarán...—

Pensó en voz alta Rokoff.

—No me sorprendería. Durante la estación de verano, en la época de las peregrinaciones, todos los caminos que atraviesan las mesetas están infestados de bandidos. ¿Quién me asegura que no lo estén éstos también? Vigilemos, amigos míos, no sea que nos sorprendan.

—No sería muy agradable, teniendo el Halcon inutilizado...

—Ayudaremos al maquinista á recomponer el ala. Las piezas de recambio están ya dispuestas.

—¿Durará mucho tiempo la reparación?

—No creo que haya terminado antes de mañana al mediodía—dijo el maquinista—. El viento ha destrozado más de la mitad de la verga.

—¡Pues á trabajar! — dijo el capitán —. Mientras tanto, uno de nosotros vigilará paseándose alrededor del huso, para evitar que los tibetanos vengán á destrozarnos los planos sustentadores. Si rompen la seda, todo habrá concluído para nosotros, y, un viaje á pie, á través del Tibet, especialmente en esta estación del año, os aseguro que no es seductor para nadie.

—Yo me encargo del primer cuarto de guardia—dijo Rokoff.

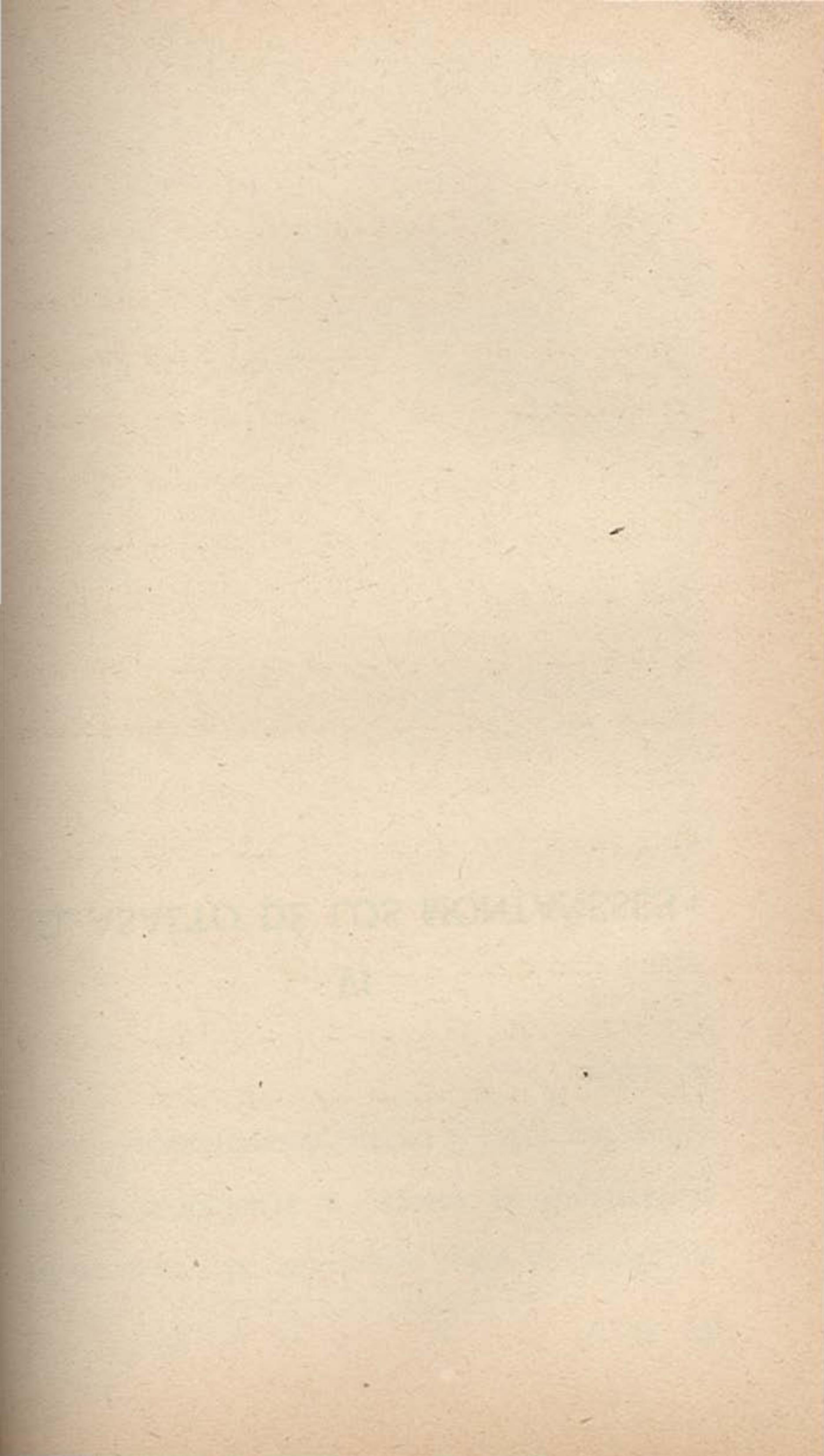
Se echó sobre las espaldas un amplio gabán de tela impermeable, se ajustó á la cabeza

E M I L I O S A L G A R I

su gorro de pelo, semejante al que usan los tártaros de la estepa, y armándose con su schneider, saltó á tierra, desapareciendo entre la niebla.

VI

EL ASALTO DE LOS MONTAÑESES



El huracán, que desde hacía tantas horas arrasaba las inmensas mesetas superiores, no tenía indicios de ceder en su violencia; antes al contrario, parecía ir arreciando. Allá en las cumbres de las peñas escarpadas que formaban el recinto del valle, se sentía mugir el vendaval. A los estridentes silbidos del viento se mezclaban de vez en cuando terribles y extraños ruidos, que eran sin duda los que hacían las avalanchas al despeñarse. La nieve no cesaba de caer en el valle, y la niebla, en densos y tenebrosos jirones, cubría la tierra y la tenía sumida en la obscuridad más profunda.

—Parece noche cerrada, y, sin embargo, no deben de ser más que las tres ó las cuatro de

la tarde—se decía para sí Rokoff, que había dado las primeras vueltas alrededor del Halcon—. ¿Cómo hay quien viva en el fondo de este abismo? ¡Buen país, á fe mía! No lo querrían ni los mismos lobos . . . Estemos alerta, que no se sabe lo que puede suceder . . . Cuando el capitán no está tranquilo, sus razones tendrá.

Como no veía á nadie cerca del Halcon, fué ampliando el campo de su vigilancia, acercándose á las cabañas de los tibetanos, las cuales estaban alineadas en dos filas.

Tampoco encontró allí nada sospechoso. Todas las habitaciones estaban herméticamente cerradas, y Rokoff no vió más que humo; humo que salía de los tejados, y que, en vez de ascender á las alturas, se quedaba flotando cerca del suelo, como si la niebla lo sofocase.

L O S H I J O S D E L A I R E

—No se ocupan más de nosotros—se dijo el cosaco—. Prefieren calentarse en sus toscos hogares, quemando estiércol en ellos. Es buena señal, al menos por ahora.

Sobre el puente del huso brillaba el fuego del hornillo, lanzando chispazos en la obscuridad, mientras resonaban los martillos al golpear en el yunque.

Sus compañeros habían comenzado á trabajar para recomponer aquella maldita ala que por segunda vez había puesto en peligro la vida de los aeronautas. Rokoff, dada la tercera vuelta, se sentó sobre un montón de nieve, envolviéndose en el gabán, echándose la capucha sobre la frente y sosteniendo el fusil entre las rodillas.

De cuando en cuando se levantaba para

tratar de perforar con los ojos la capa de niebla, que seguía siendo tan espesa como antes.

Todo era silencio en el valle. Sólo se oían los golpes del martillo. En las alturas seguía rugiendo el viento, y los estampidos de las avalanchas al despeñarse se sucedían sin interrupción.

—¿Caerá por aquí alguna avalancha que nos aplaste el Halcon?—se preguntó el cosaco—. Porque... todo cabe que suceda en este país maldito...

Se disponía á levantarse, cuando le pareció ver una sombra que se arrastraba por el suelo. Procedía del lado del huso y se dirigía á las cabañas de los tibetanos. Más parecía un mono que un hombre.

—Será algún perro — se dijo Rokoff—.

L O S H I J O S D E L A I R E

Me han dicho que estas gentes llevan consigo perros enormes.

Dió el «¿quién vive?», y no obteniendo respuesta, tornó á sentarse, más que nunca convencido de que el bulto que había visto no podía ser el de un hombre.

Sin embargo, un cuarto de hora después distinguió otro bulto, que también procedía del huso y que se dirigía silenciosamente hacia las cabañas.

—¿Vendrán los perros á rondar en torno al Halcon?—se preguntó Rokoff, esta vez algo inquieto—. ¡Pues ahí veo otro bulto que hace lo mismo que los otros!... Dejó su puesto y dió unos cuantos pasos hacia adelante, pero ya no pudo ver nada; las sombras habían desaparecido entre la niebla. Curioso

por aclarar aquel misterio, dió una vuelta alrededor del huso y vió alejarse precipitadamente otros bultos.

—Esto no es natural—se dijo.

Acercóse al Halcon, sobre cuyo puente se veía trabajar á sus compañeros á la luz del hornillo.

—Señores—dijo—, ¿ha venido por aquí alguien?

—¡Ah! ¿Sois vos, señor Rokoff? — preguntó el capitán, asomándose á la borda—. ¿Hay alguna novedad?

—Creo que pasa algo que me da mala espina.

—¿Cómo?

—¿No habéis visto á los perros rondando alrededor del huso?

—¡Perros!—exclamó el capitán admirado.

L O S H I J O S D E L A I R E

—Me ha parecido ver huir algunos animales . . .

—¿No serían lobos?

—Se dirigían todos hacia las cabañas de los tibetanos . . .

—¿Estáis seguro de que eran animales?

—Por lo menos me lo parecieron, capitán.

—Pues nosotros no hemos visto nada, señor Rokoff.

—¿No habéis echado nada de menos?

—Nada. Nadie puede haber saltado al huso, porque con la luz del hornillo lo habríamos visto.

—Es extraño.

—Tratad de sorprender á alguno.

—Eso es lo que pienso hacer. Me vuelvo á mi puesto.

Rokoff repitió por quinta vez su giro en

torno al huso, sin ver nada de extraordinario. Ya se iba á sentar de nuevo en el montón de nieve que antes le sirviera de banquetta, cuando volvió a ver otra sombra que huía delante de él.

—Esta vez no te me escapas—se dijo alzando el fusil—. Hombre ó bestia, te cogeré.

Se había lanzado á carrera tendida en pos de la sombra, que trataba de perderse entre la niebla, cuando, apenas hubo corrido veinte pasos, sintió que se le enredaba algo entre las piernas: algo semejante á una red.

—¡Por las estepas! . . .—exclamó, cayendo en medio de la nieve.

Se levantó prontamente, pero la sombra se había aprovechado de su caída para desaparecer entre la niebla. Agachóse para ver qué era aquello que le había hecho caer y que de-

L O S H I J O S D E L A I R E

bió de arrojarle el fugitivo, cuando lanzó un grito de rabia.

—¡Canallas!—dijo al reconocer un gran pedazo de seda, arrancado de los planos sustentadores.

—¡Nos destrozan el Halcon!—gritó lanzándose hacia el huso—, nos han robado la seda de los planos, ¡á las armas!

El capitán saltó á tierra seguido del maquinista, que llevaba una lámpara.

—¡La seda de los planos!—exclamó pálido de ira.

—He encontrado un pedazo; las sombras que huían eran hombres y no perros ni lobos...

—Si es cierto, me las pagarán bien caras...

Cogió la lámpara y se dirigió velozmente hacia los planos de babor.

—¡Canallas! —gritó—. Los han destruido...

Los tibetanos, aprovechándose de la niebla, habían arrancado toda la seda del tercer plano, es decir, que habían roto y robado la del plano inferior, que era el más importante. La pérdida era grave, porque el capitán no tenía seda suficiente para sustituir toda la robada. Y no era eso todo, pues los planos de estribor también habían sido despojados de una buena parte del tejido.

—¿No podremos ya elevarnos?—preguntó Rokoff.

—No lo intentaré—respondió el capitán—. Es necesario recuperar la seda, y la recupe-

raré, aunque para ello tenga que ametrallar á todos estos ladrones . . . ¿Es así como el jefe se va á cobrar la hospitalidad que nos ha dispensado? Tendrá que vérselas conmigo. ¡Señor Fedor! ¡Las carabinas!

—¿Qué vais á hacer, capitán?—preguntó Rokoff al ver al capitán pálido de cólera.

—Voy á ver al jefe para obligarle á que nos restituyan la seda.

—Mala cosa es, señor, porque nos obliga á dividir nuestras fuerzas, y además, no es seguro que los tibetanos, aprovechándose de la niebla no nos hayan tendido un lazo. Ya saben que nos hemos dado cuenta del robo . . .

—¿Teméis un ataque?

—Contra el Halcon, sí. Si no tuviéramos que defender nuestra nave, yo sería el pri-

mero en aconsejaros que obraseis sin contemplaciones de ninguna clase; pero eso de dejarlo con sólo dos hombres, no me parece muy prudente.

—Tenemos las ametralladoras . . .

—Lo sé. Pero no olvidéis que las balas de los mosquetes de mecha pueden dañar y averiar también gravemente la otra ala.

—Es cierto—dijo el capitán, que poco á poco aceptaba las razones del cosaco. Podrían averiar las alas y destruir los planos, y entonces sí que no nos serviría para nada el Halcon. Pero yo no puedo perder la seda, que me es necesaria, tanto como el aire líquido, para poder elevarme y sostenerme en el aire. Nos han robado lo menos cien metros, y no me quedan más que unos cuarenta para reemplazarlos,

L O S H I J O S D E L A I R E

porque en las montañas Azules tuve otra avería al atravesar el continente australiano . . .

Esperemos á que la niebla desaparezca, antes de atacar á los tibetanos. Esto de empeñar á obscuras un combate contra un enemigo que puede ser cincuenta veces más numeroso que nosotros, sería una verdadera locura. Tendríamos que disparar al buen tun, tun, y sin resultado.

—Soy en absoluto del parecer de Rokoff—dijo Fedor, que había salido con varios fusiles en la mano. El huso es para nosotros en estos momentos una pequeña fortaleza, en la cual podremos resistir largo tiempo.

—Sí, tenéis razón—respondió el capitán, que iba recobrando la serenidad—. Pero si esos ladrones vuelven, no economicemos las

municiones. Señor Rokoff, vigilad el plano de babor y yo vigilaré el de estribor; vos señor Fedor, ayudad al maquinista. Es necesario que para mañana esté reparada el ala, para que podamos partir. Creo que podríamos elevarnos hasta la altura de las cumbres que rodean este valle con sólo estos planos medio desnudos, pero no lo intentaremos sino en caso de peligro inminentísimo.

Regresaron juntos al huso. Fedor se fué con el maquinista y el desconocido. Este trabajaba no menos febrilmente que sus compañeros, demostrando mucha pericia. Rokoff y el capitán se colocaron á babor y estribor con los fusiles en la mano.

Por haberse levantado un poco la niebla pudieron vigilar los planos, que se extendían á los dos lados del huso. En la pequeña aldea

L O S H I J O S D E L A I R E

parecían dormir todos, pero no por eso se descuidaban el capitán y el cosaco, pues sospechaban que aquel silencio podía ocultar alguna sorpresa desagradable.

Habíase hecho de noche, y la obscuridad absoluta que reinaba en aquel rincón salvaje hacía más difícil la vigilancia. El huracán continuaba, mientras tanto, barriendo, arriba, la meseta, y arrojando al abismo remolinos de nieve, la cual se acumulaba en masas enormes. Por todas partes se oían en lontananza los estampidos sordos de las avalanchas.

Sería la media noche cuando Rokoff distinguió algunas sombras, que se deslizaban cautelosamente hacia el Halcon.

—¡Capitán! ¡Que se acercan!—dijo á media voz,

—¿Los tibetanos?

—Sí. Los veo andar á nuestro alrededor y dirigirse hacia nosotros.

—Pues saludadles con un par de tiros...

—Voy á hacer más; les voy á disparar la ametralladora... Así se convencerán de que poseemos armas poderosísimas, armas terribles...

El cosaco se acercó á la pieza, que se había montado á proa.

Los bultos se multiplicaban prodigiosamente por momentos. Trataban de acercarse á los planos sustentadores para robar más seda, ó dispuestos, quizás, á asaltar el Halcon, con la esperanza de sorprender á los aeronautas y dominarlos con su enorme superioridad numérica.

El cosaco, que había manejado ya ametralladoras durante la sangrienta guerra rusoturca,

puso en acción el terrible instrumento de destrucción, desencadenando un huracán de plomo.

Gritos, ayes terribles siguieron á la salva de detonaciones; después se vió á las sombras precipitarse al suelo y desaparecer hacia la aldea.

—Me parece que les hemos agujereado la piel á unos cuantos—dijo Rokoff—. Ahora es de esperar que nos dejen en paz.

—Salió del huso, juntamente con el capitán y con Fedor, para ver si los tibetanos se habían alejado realmente.

Cuando hubo andado veinte ó treinta pasos distinguió el brillo de algunas chispas en las tinieblas.

—¡Mucho ojo!—gritó—. Que estoy viendo las mechas preparadas...

Los tres se dejaron caer en tierra, resguar-

dándose tras un montón de nieve. Sonaron unos cuantos disparos y pasaron las balas silbando sobre sus cabezas. Los tibetanos se escondían para tirar, por temor á la ametralladora.

—Repleguémonos hacia el huso — dijo el capitán—. Aquí corremos peligro de ser fusilados y hasta quizás copados.

Vieron brillar otra vez las mechas y volvieron á arrojarse sobre la nieve. Sonó otra descarga, y lo mismo que antes, pasaron las balas sobre ellos. No eran buenos tiradores aquellos hombres, pero pudieran acertar algún tiro, y si resultaba herido ó muerto alguno de los aeronautas se verían en un conflicto, que sería aún más grave si el muerto ó herido era el maquinista.

—El caso es muy serio — dijo Rokoff—.

L O S H I J O S D E L A I R E

Parece que hemos caído entre una cuadrilla de bandoleros.

—¿Y qué opináis que hagamos?—dijo el capitán, que estaba muy inquieto.

—Que destrocemos á esa canalla.

—Somos muy pocos para eso.

—Pues volvamos á bordo y disparémosles con la ametralladora y las carabinas.

—¡Vamos, pues!

—Yo me quedo—dijo el capitán en tono resuelto.

—¿Qué pretendéis?

—Prender fuego á la adea.

—¿Y por qué no les lanzamos una bomba de aire líquido?

—¡Hombre! ¡No se me había ocurrido!
¡Tenéis razón.

Dadme una y yo me encargo de hacer volar á toda esta gente.

—¡Parapetémonos, señor Rokoff!—exclamó de pronto el capitán interrumpiendo el diálogo. Los tibetanos avanzan y temo que nos destruyan los planos sustentadores . . . Daos prisa.

Regresaron á bordo presurosamente. Rokoff se armó de un revólver y tomó en la mano una bomba, que el capitán le entregó, y descendió por la parte opuesta. Los tibetanos habían roto de nuevo el fuego, que el maquinista, Fedor y el desconocido contestaban enérgicamente con la ametralladora y los schneiders. Rokoff se había puesto en la cintura el tubo de hierro que encerraba el aire líquido y se había bajado por estribor, colocándose al lado del plano sustentador de aque-

lla banda. El ataque de los tibetanos se había dirigido contra la banda contraria. El cosaco, con todo, avanzaba con cautela, con el revólver en la mano.

—Me parece — se dijo — que las cabañas estaban en una línea . . . Las volaremos todas juntas . . .

Pero una idea le asaltó de repente.

—¿Y la seda de los planos?—se preguntó—, ¿no se destruirá? Me figuro que los ladrones la habrán escondido en sus chozas . . . ¡Bah! De cualquier modo la recogeremos más tarde; por ahora lo que urge es salir de este conflicto.

Por el lado opuesto seguía el tiroteo, que era cada vez más nutrido. Los tibetanos no cedían ni ante la ametralladora. Cuando Ro-

Rokoff llegó á la extremidad del plano sustentador, se arrojó al suelo para que las balas no le alcanzasen, pues pasaban por encima del huso, y avanzó arrastrándose en la obscuridad. Sabía, sobre poco más ó menos, dónde estaban las chozas. No debían de estar á más de tres ó cuatrocientos metros del Halcon. Después de caminar un rato de aquella manera, tropezó en un obstáculo. Era un muro de madera ó de piedra.

—Una choza...—se dijo—. Si tuviera la suerte de que fuera la del jefe... Dió la vuelta alrededor de ella hasta que tropezó con un hueco, por el que penetró. Al débil resplandor del argol que ardía en el hogar, que estaba formado por unos pedruscos, pudo Rokoff orientarse. Depositó el tubo de

L O S H I J O S D E L A I R E

hierro en un rincón, montó en él estopín, desenvolvió el hilo y salió corriendo á toda carrera para no volar junto con la aldea.

Las descargas de fusilería menudeaban en aquel momento. El combate entre los aeronautas y los tibetanos era más reñido que nunca. Los tibetanos parecían resueltos á apoderarse del Halcon y de sus defensores. Estaba ya el cosaco cerca del plano sustentador, cuando vió algunos bultos que parecían salir de la tierra.

—¡Atrás!—gritó.

Y al ver correr otros cuantos hombres, disparó contra ellos varios tiros con el revólver. Precipitóse en seguida hacia el huso gritando:

—¡Preparáos, que voy á volar la aldea!

Y aproximando entre sí los hilos eléctricos, que no había soltado, hizo saltar la chispa. Siguióse una tremenda detonación seguida de gritos y aullidos. La conmoción del aire fué tan violenta que el huso sufrió una fuerte sacudida y los aeronautas fueron arrojados al suelo. Oyóse un terrible clamoreo que atronó el aire y que fué alejándose poco á poco hacia la salida del barranco, y poco después se vió una luz intensa á través de la neblina.

—¡La aldea está ardiendo!—gritó Rokoff levantándose del suelo. El capitán se había aproximado á él.

—¡Gracias!—le dijo—. Ya teníamos casi perdida la esperanza. Los tibetanos estaban á punto de arrollarnos.

—¿No habrá sufrido el Halcon ninguna avería?—preguntó Rokoff.

—Absolutamente ninguna—respondió el maquinista, después de examinar detenidamente todo el aparato.

—¿Y los tibetanos?—preguntó Fedor.

—Han huído—respondió el capitán.

—Yo creo que no volverán más—añadió Rokoff.

Entretanto las llamas iban tomando cuerpo y destruyendo todo lo que la explosión había respetado. Las lenguas de fuego se alzaban de todas partes, iluminando el valle como si fuera de día.

El viento levantaba remolinos de chispas, que brillaban en las tinieblas como millares de estrellas.

—Capitán—indicó de pronto Rokoff—. Si

quisierais, intentaríamos salvar alguna cosa. En esas chozas estará nuestra seda . . .

—En lo mismo estaba yo pensando . . .—
respordió el capitán—. Hay también tiendas de fieltro, que pudieran servirnos para los planos. Señor Fedor, venid con nosotros, y vosotros guardad el Halcon.

Los tres hombres se dirigieron á la aldea, que ardía como un montón de leña seca.

La tercera parte de las chozas y algunas tiendas habían quedado destruídas por la violencia de la explosión; las otras también estaban casi perdidas, porque las llamas las habían envuelto, devorando rápidamente su maderámen. Hubiera sido una locura el intento de buscar la seda robada entre las llamas de aquella enorme hoguera.

—El capitán y sus compañeros se apoderaron de tres inmensas tiendas que habían caído al suelo y que eran de fieltro hermosísimo, y las transportaron al lado del Halcon. La tela era más que suficiente para cubrir los planos, y á pesar de su exceso de peso, podía sustituir á la seda robada por los tibetanos.

Dejemos que el fuego consuma la aldea y ocupémonos en arreglar el ala rota—dijo el capitán—. Quisiera marcharme antes del amanecer...

—Y de que los bandidos vuelvan...—añadió Rokoff—. ¿Creéis?

—Si en este valle tienen otros compañeros, no me extrañaría verlos volver para vengar su desastre y castigarnos por el incendio de sus chozas. Si no nos importa pasar un poco

de frío, explorad los contornos de nuestra nave, no haga el demonio que nos sorprendan.

—A un cosaco no le importa la nieve. Ahora mismo voy, capitán.

Mientras Rokoff se internaba en el barranco, hacia el lado por donde habían huído los tibetanos, el maquinista, el capitán y sus compañeros se pusieron á trabajar con increíble actividad.

El maquinista había preparado ya las vergas que habían de sustituir á la destrozada por el huracán y no faltaba más que soldarlas, operación que requería cierto tiempo, para que la grave avería no volviese á repetirse por tercera vez y en circunstancias más difíciles.



—A un cosaco no le importa la nieve. Ahora mismo voy,
capitán.

L O S H I J O S D E L A I R E

A las cuatro de la mañana, á fuerza de un trabajo asiduo, el ala se había sujetado con una serie de ensambladuras fuertemente soldadas y reforzadas con arillos de acero. No faltaba más que recubrir los planos sustentadores en los puntos en que la seda había sido arrancada, cosa facilísima, pues no consistía más que en cortar el fieltro de las tiendas y sujetarlo con garfios. Rokoff no había regresado todavía de su exploración. Aquel hombre temerario debía de haberse adelantado muchísimo para impedir una nueva sorpresa.

—Démonos prisa—dijo el capitán—. Dentro de una hora podremos remontarnos á la meseta. Mientras tanto, pongamos en movimiento la máquina.

Apenas habían tenido tiempo de cortar el fieltro y de dejar lista la máquina, cuando de improviso oyeron la voz convulsa de Rokoff:

—¡A las armas!

Al poco tiempo se sintió un disparo y luego otro, y después de ellos un confuso clamoreo de rugidos y bramidos.

—¿Qué es esto que se nos echa encima?— se preguntó el capitán.

Oíanse gritos y detonaciones formidables en lontananza por el lado extremo del barranco, distinguiéndose también fogonazos á través de la espesa niebla.

La voz de Rokoff se dejó sentir más cerca:

—¡A las armas! ¡Preparad las ametralladoras! ¡Que viene el enemigo á nuestro encuentro!

L O S H I J O S D E L A I R E

Poco después salía de la niebla, corriendo á todo correr.

El ruido se había hecho tan fuerte que aturdía, confundiéndose los mugidos con los gritos humanos.

—¡Señor Rokoff!—gritó el capitán situándose detrás de la ametralladora, mientras el maquinista sacaba á cubierta carabinas y revólveres de varios sistemas—. ¿Qué pasa?

—No lo sé—respondió el cosaco escalando rápidamente el casco del huso—. Una enorme manada de animales viene corriendo por ese lado, á lo largo del valle, y va á atropellarnos.

—Como no sean jacks...

—Eso son: jacks.

—Pero, ¿y los tibetanos?

—Azuzan á las bestias asustándolas á tiros

E M I L I O S ' A L G ' A R I

y con ramas secas encendidas, rociadas de resina . . .

—¡Truenos y rayos! Si esos animales nos arrollan, destrozarán nuestros planos sustentadores . . . ¿Podremos recorrer dos ó trescientos metros sin los planos? ¡Vamos á intentarlo! ¡Maquinista! ¿Está en presión la máquina?

—Sí señor.

—Pues pon en movimiento todos los aparatos: alas, hélices . . . Y vos, señor Rokoff, venid . . .

El capitán se había precipitado hacia la escotilla, seguido del cosaco. Momentos después volvían á cubierta, llevando dos barriles de cincuenta litros de capacidad cada uno.

L O S H I J O S D E L ' A I R E

—¡Partid! No os ocupéis de nosotros. Esperadnos detrás de la aldea.

Ya la avalancha viviente estaba para precipitarse sobre el Halcon. Era una enorme manada de jacks, probablemente amaestrados, que descendían por el valle á galope tendido y aturdiendo el aire con sus mugidos. Detrás de ellos iban muchísimos tibetanos montados en caballos enanos. Para espantar á los gigantescos rumiantes agitaban en el aire ramas de pino encendidas y disparaban tiros con sus mosquetes de mecha.

El capitán y Rokoff se metieron en medio de las chozas, ya casi consumidas, destaparon dos barriles y dejaron escapar el líquido sobre los inflamados tizones. Era brandy de primera calidad.

Las llamas, que estaban para extinguirse, se reavivaron de pronto, formando una cortina de fuego de unos cuantos cientos de metros que lanzaban sangrientos reflejos, todo en redondo.

En aquel momento el Halcon se alzó precipitadamente, á tiempo apenas para evitar el empuje formidable de todos aquellos animales, locos de terror.

Empujado también por el viento, que le era favorable, el Halcon pasó por encima de la cortina de fuego, descendiendo cuatrocientos pasos más allá de la última choza.

Los jacks, al ver resplandecer aquel fuego inmenso, que parecía querer devorar el valle entero, rugieron espantosamente, deteniéndose á pesar de los tiros y los gritos de sus pastores.

L O S H I J O S D E L A I R E

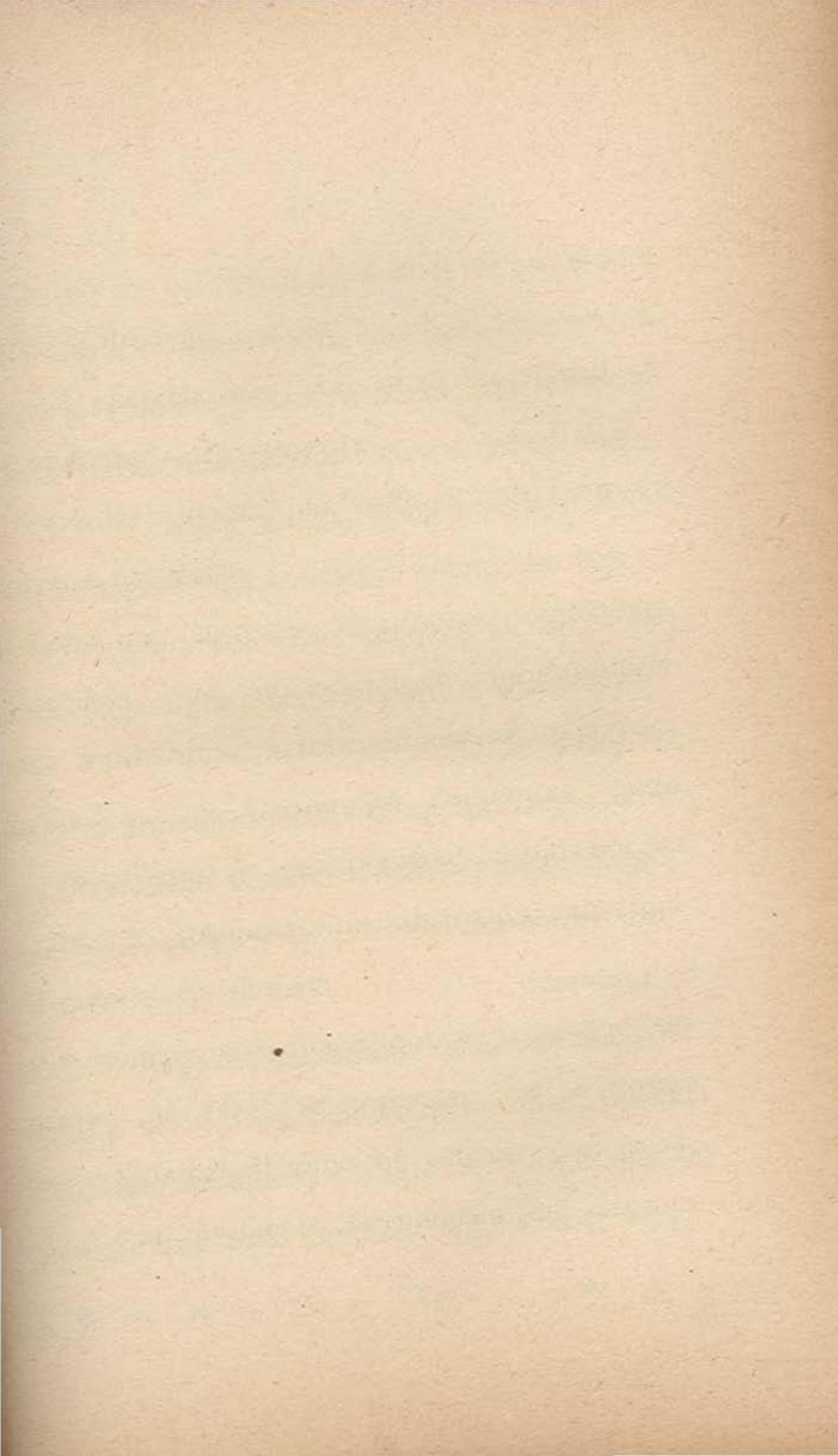
Por un momento permanecieron irresolutos. Después, girando de repente con la velocidad del rayo, se lanzaron con la cabeza baja contra sus instigadores, volviendo las espaldas á las llamas.

Sucedió entonces una confusión indecible.

Los caballos de los tibetanes, heridos por los cuernos de los furibundos rumiantes, caían unos sobre otros, atropellándose en todas direcciones. Los supervivientes emprendieron después una retirada en desorden, lanzando alaridos de terror.

—Estos bribones han pagado muy cara su estratagema—dijo Rokoff.

—Si vuelven otra vez, será que tienen el diablo dentro del cuerpo.



VII

U N A C A Z A A L V U E L O

Aquel desastre debió de acabar con todas las esperanzas de los tibetanos. La irresistible embestida de los jacks, que debía de haber destrozado el Halcon, ó puéstolo por lo menos en un estado imposible para reanudar el viaje, fué de resultados desastrosos para ellos. Más de treinta caballos habían quedado en tierra, atrozmente mutilados, y algunos tibetanos yacían sin vida, completamente destrozados.

—Ha sido para ellos un desastre completo—exclamó el capitán, que se había puesto en salvo al otro lado de la aldea, en unión de Rokoff.

—Si no hubiéramos detenido á tan furibundos animales, á estas horas podíamos dar por terminado nuestro viaje para siempre.

—Cierto. A no ser por vuestra idea... Solamente lo siento por el brandy—respondió Rokoff.

—¡Cuántos ponches perdidos!

—¡Bien perdidos están, pues nos han salvado la vida!—le contestó el capitán.

—¡Marchémonos cuanto antes, capitán! Creo que tenemos bastante con lo vivido en este maldito barranco y hasta en las mesetas del Tibet.

—Los planos deben de estar ya arreglados, pues ha habido tiempo para recoger el fieltro antes de que los jacks lo destrozasen. Via-

jaremos á la velocidad máxima y no nos detendremos más que en el lago de Mont-calm. Si no ocurre ningún incidente, dentro de tres días habremos dejado atrás las mesetas y descendaremos á regiones más civilizadas.

—Tengo deseos de encontrarme ya en la India.

—Pues ya llegaremos, señor Rokoff; no lo dudéis. Sin embargo, espero que no renunciaréis á ver Lhasa, la capital del Tibet, corte y residencia del gran Lama; una de las ciudades más célebres del mundo, que muy pocos europeos conocen.

—Ya que así lo queréis, iremos á Lhasa.

No viendo aparecer á ningún tibetano, arrancaron la lengua á un jack que debió de perecer en la refriega, y regresaron al Halcon.

El maquinista, ayudado por Fedor y el desconocido, había acabado ya de sujetar el fieltro sobre los planos recompuestos.

—¿Está todo listo?—preguntó el capitán.

—Sí, señor—respondió el maquinista.

—Pues entonces, remontémonos.

Saltaron todos al huso.

En aquel momento, el sol, después de perforar la niebla, proyectó un rayo de luz en el valle, iluminándolo de un extremo al otro.

Más que un valle, era un inmenso abismo de tres ó cuatro millas de extensión y de tres ó cuatrocientos pasos de anchura, con las paredes escarpadísimas y de una altura de quinientos pies, por lo menos. Un solo árbol, un pino colosal, se levantaba casi en el centro del valle. Era el mismo sobre el cual el Hal-

con tropezara en su descenso y que por poco estropea el huso. Por el lado opuesto una cascada gigantesca se precipitaba en el abismo.

El Halcon puso en movimiento las alas y las hélices y se elevó majestuosamente hacia la meseta.

Había llegado á los doscientos metros de altura, cuando detrás de unas peñas se oyeron retumbar varios tiros.

Eran los tibetanos, que trataban una vez más de batir á los extranjeros. Se habían escondido en unas grietas, y, al ver que sus enemigos huían, les saludaban con una descarga. Los aeronautas no se dignaron responder. Por otra parte, el Halcon se elevaba con creciente rapidez, alejándose cada vez más de ellos.

Cuando hubo traspuesto los bordes de la enorme grieta, se lanzó á través de las mesetas nevadas, con una velocidad de treinta y cinco millas por hora. El huracán se había calmado, disolviéndose la niebla al vigoroso azote de los vientos del Septentrion. Pero, ¡qué caos en aquellas regiones, después de aquella furiosa borrasca! La nieve, arrastrada por ráfagas irresistibles, se había acumulado en mil formas diversas, formando aquí un baluarte, allá una montaña, más lejos una serie de ondulaciones que se prolongaban indefinidamente. En algunos sitios se veían montones formados por las avalanchas desprendidas del Crevaux, sobre todo del Ruysbruck, cuyas imponentes moles se alzaban hacia el Sur, á la extremidad occidental de la cadena.

L O S H I J O S D E L A I R E

—¡Ay de nosotros, si en lugar de detenernos en el barranco nos detenemos aquí!—dijo el capitán—. Nuestro Halcon hubiera quedado destrozado en muy poco tiempo, pues no creía yo que el Crevaux estuviese tan cerca

—También ha sido una fortuna que el ala se haya roto—dijo Fedor—. Seguramente nos hubiéramos estrellado contra aquella montaña que no nos habría dejado ver la niebla.

—Ha sido una desgracia y una fortuna al mismo tiempo.

—¿Volverá á rompérsenos?

—No lo creo. Se ha soldado perfectamente, mucho mejor que la otra vez.

—Y los planos funcionan lo mismo que antes.

—Ahora pesan algo más que antes, pero

el Halcon tiene una fuerza ascensional poderosa y no se resiente. ¡Atención, amigos! Pasamos el Crevaux...

—¡El Crevaux!—exclamó Rokoff—. ¡Un nombre francés en el Tibet!...

—Ese nombre se lo puso Bonvalet—respondió el capitán—. Ha puesto también nombres franceses á algunos lagos de estas regiones, pero demás está decir que todos esos lugares tienen sus propios nombres, que son muy otros.

El Halcon se levantaba á fuerza de alas, para dominar la cadena que se erguía delante de ellos con su masa de pirámides y de picos altísimos, cubiertos de nieve y de hielo. Dirigía su rumbo hacia un paso que hay en la extremidad occidental del Crevaux, entre este

y el Ruysbruck, en donde se distinguía una inmensa grieta á modo de desfiladero, per donde pasan los peregrinos procedentes de Mongolia.

¡Qué horrible región era aquélla! Valles, abismos profundísimos, crestas abruptas que elevaban hasta los cielos sus agudos picachos coronados de nieve y hielo . . . Ni un árbol ni una planta, ni siquiera líquenes . . . Una verdadera región polar, ó tal vez peor. Porque hasta en las islas del Océano Artico y en las del Antártico se ve algo de vegetación en las estaciones del calor. Además, ni un animal, ni un ave, ni águilas siquiera . . .

—Esto se podría llamar tierra de desolación—dijo Rokoff.

—En esta estación, sí—respondió el capitán—; pero en el verano suelen visitarla al-

gunos pastores con sus rebaños de jacks y de ovejas.

—Pero, ¿qué es lo que pastan esos animales?

—Pues los mezquinos hierbajos que encuentran en las grietas de las piedras.

—No creo que pueda nunca llegar á haber una población estable en estas regiones.

—¿Quién sabe, señor Rokoff? No me admiraría de que dentro de dos o tres siglos se poblasen estos desiertos espantosos. Pensad que los habitantes de nuestro globo aumentan cada año prodigiosamente y que la superficie de la tierra no aumenta

—Bien: pero quedan todavía espacios inhabitados.

L O S H I J O S D E L A Ñ O

—Menos de lo que os figuráis, señor Rokoff. Considerad la América del Norte, por ejemplo. Hace cincuenta años, en sus inmensas praderas no había más que unos cientos de millares de indios. Hoy día, todos aquellos terrenos han sido invadidos por la raza blanca, que no es menos prolífica que la mongólica, y no hay allí ningún espacio libre, ni mucho menos desierto.

—Es cierto.

—Ved el Africa. Hace cien años había enormes territorios habitados por tribus negras; hoy está ocupada por europeos gran parte de ese gran continente, y dentro de otros cincuenta años no habrá más tierras disponibles.

—¿Cuántos somos en la actualidad los habitantes de la Tierra?

—La población del mundo es hoy de mil quinientos millones, en cifras redondas, mientras que la extensión de la tierra habitable ó semihabitable no pasa de cuarenta y siete millones de millas cuadradas. Considerando que las tierras fértiles no pueden sostener más de doscientos siete habitantes por milla cuadrada, veréis que no queda mucho margen para nuestros descendientes. Y no olvidéis que en los cuarenta y siete millones de millas cuadradas que he dicho, se comprenden las estepas y los desiertos, que ocupan diez y ocho millones de millas.

—Así, pues, ¿vos creéis que dentro de dos ó trescientos años no será capaz nuestro planeta de sostener á toda su población?

—Mucho antes, señor Rokoff. Según un

cálculo hecho por un eminente hombre de ciencia, esa apurada situación la tendremos el año 2000. Habrá, no lo dudo, algo de exageración, pues hoy existen países ocupados por una población aglomeradísima, y, sin embargo, viven muy cómodamente. La China, por ejemplo, tiene doscientos noventa y cinco habitantes por milla cuadrada, y el Japón doscientos sesenta y cuatro, y, sin embargo, ni los chinos ni los japoneses se mueren de hambre.

—La China, no obstante, sufre de cuando en cuando carestías desastrosas—dijo Fedor.

—Es cierto y también la India pierde todos los años algunos millares de habitantes por tener una población superior á la que su extensión territorial consiente. Muchísimos

de los habitantes de la India se mueren de hambre.

—Los sabios encontrarán el medio de duplicar las producciones del suelo.

—Seguramente: pero no conseguirán más que retardar la época fatal.

—Así, pues—dijo Rokoff—, si el sol no achicharra á la humanidad, ¿está condenada á morirse de hambre?

—O á ser antropófaga.

—Prefiero vivir ahora y comer chuletas de vaca, que vivir en los tiempos futuros comiéndolas de hombre. Hay que alegrarse de no estar ya en ese tiempo en la Tierra.

Atravesado felizmente el Crevaux, el Halcon descendió de nuevo hacia la meseta, con dirección al lago de Mont-calm, que es uno

L O S H I J O S D E L A I R E

de los más altos, pues está á más de cinco mil metros sobre el nivel del mar. El aspecto del país seguía siendo el mismo: un desierto de hielo y de nieve, con grietas, abismos y escalones inmensos que se sucedían con monotonía desoladora.

A las ocho de la noche caía el Halcon sobre la falda septentrional del Montcalm, que estaba cubierta de nieve.

Habia arreciado el frío. Soplaban un viento seco del Norte, que molestaba mucho á los aeronautas, escoriándoles la piel y helándoles los dedos.

Se encerraron en el huso, donde poco antes se había encendido la estufa, y poco después de cenar se metieron en la cama.

A la mañana siguiente reanudaba su carrera el Halcon, aumentando considerable-

mente la velocidad. El capitán mismo comenzaba á cansarse de aquel desierto de hielo, y ansiaba llegar á la región de los lagos para encontrar una temperatura menos cruda y para renovar también sus provisiones. Al menos, en esa región estaba seguro de encontrar caza abundante, por ser el Tibet meridional muy rico en onagros, jacks y cabras monteses. Tres días invirtieron en llegar al extremo meridional de aquella eterna meseta, y fueron á aterrizar en la vega del Oro, abundante en lagos y lagunas y poblada de aldeas populosas. La meseta seguía, pues se extiende hasta las orillas del Tengri-Noor; pero ya no tan alta ni tan abundante en nieves, hielos y nieblas.

Comenzaban á verse bosques de pinos y de

L O S H I J O S D E L A I R E

abetos, de encinas gigantescas y de alcornoques; campiñas cultivadas y praderas donde pacían manadas de carneros, caballos, camellos y jacks demésticos, guardadas por pastores que saludaban al Halcon con tiros de fusil, creyéndolo un águila monstruosa. Pero como tiraban con malos fusiles de mecha, quedaban los tiros cortos. Los aeronautas se mantenían, sin embargo, á una altura de tres ó cuatrocientos metros. Cuando pasaba el Halcon por encima de cualquier caserío, el terror fundía entre sus habitantes. Todos huían chillando; los camellos se tiraban al suelo, escondiendo la cabeza entre las manos; los jacks mugían, los carneros se dispersaban en todas direcciones, y los perros aullaban con furor. Aquella confusión sólo duraba al-

gunos minutos, pues el aerostato seguía su camino sin hacer daño á nadie.

A la noche del tercer día, después de haber atravesado la región de los pequeños lagos del Bilui-Dyca y los montes Nobokon-Ubaski, la máquina voladora se detuvo en la orilla del Buka-Noor, un pequeño lago de orillas deshabitadas que se halla al Norte de Tengri.

El capitán había visto huir numerosas manadas de animales que supuso eran onagros, y aterró en aquel lugar, con la esperanza de apoderarse de alguno de ellos.

Rokoff, sin embargo, cuando oyó hablar de onagros no pudo menos de hacer un gesto.

—¿Os parece una caza apreciable, digna de que se gaste pólvora?—preguntó al capitán.

—¡Cómo no!—respondió éste casi escandalizado—. ¡Desdeñar un bocado de rey!

—¿Es que en este país se come carne de burro? ¿La sirven en la mesa de los reyes?

—Es que el onagro no es precisamente un burro sino un burro salvaje, y se le tiene por caza escogida, buscadísima y más fina y apetitosa que los jacks y los carneros. ¿No conocéis la historia de la hermosa hija de Semegam, uno de los más célebres reyes de Persia?

—En absoluto, capitán. ¿Acaso le gustaba la carne de asno?

—Cuentan las antiguas crónicas persas que esa princesa se enamoró locamente de Rustán, uno de los caballeros más valerosos de Irán, y todo porque entre sus muchas hazañas contaba la de haberse comido él solo un asno entero.

—¡Qué estómago tan privilegiado no ten-

dría el tal guerrero persa! Yo no lo hubiese envidiado, ciertamente.

—Porque no habéis probado nunca la carne del onagro. Ya me lo contaréis mañana, si conseguimos cazar alguno.

—¿Cómo vamos á cazarlos?

—Sin movernos del Halcon. De otra manera perderíamos el tiempo inútilmente, pues son animales velocísimos.

—Probaré la carne de los asnos, porque me consta que tenéis un gusto refinado — dijo Rokoff—. Supongo que no será peor que la de los caballos, y ya en la guerra ruso turca, como en la expedición de Samarkanda, los cosacos la comimos más de una vez.

El capitán no se había equivocado al descender en aquel lugar.

Iba el Halcon costeando las riberas del lago, en la mañana del siguiente día, cuando á cosa de media milia se divisó una numerosa manada de esos animales que galopaban sobre la meseta. Eran unos trescientos ó cuatrocientos y avanzaban ordenados en varias filas. Delante iban los guías acompañados por los machos, y detrás seguían las hembras con sus crías. Corrían á todo escape, haciendo temblar el suelo bajo sus cascos. Deteníanse de cuando en cuando á mordisquear los hierbajos y los líquenes, y salían otra vez corriendo en otra dirección cualquiera. Oíase desde el aerostato la ruidosa algazara que hacían con sus rebuznos. Eran de la alzada de nuestros asnos comunes, pero con las orejas más pequeñas, y tenían el pelo gris obscuro, con una raya de

pelo negro sobre el espinazo cruzada en las espaldas por otras dos rayas pardas. Hay inmensas manadas de esos animales en las mesetas del Asia central, en Persia y en la India septentrional. Emigran de unas regiones á otras atravesando estepas y desiertos y no temen ni á los tigres, de los que se defienden valerosamente á coces y mordiscos. El rebaño que estaban viendo los aeronautas no parecía hacer mucho caso de ellos. El capitán, que los observaba con el catalejo, echó de ver que estaban preocupados por otro peligro.

—Se defienden de los lobos—dijo á Rokoff, que le había interrogado.

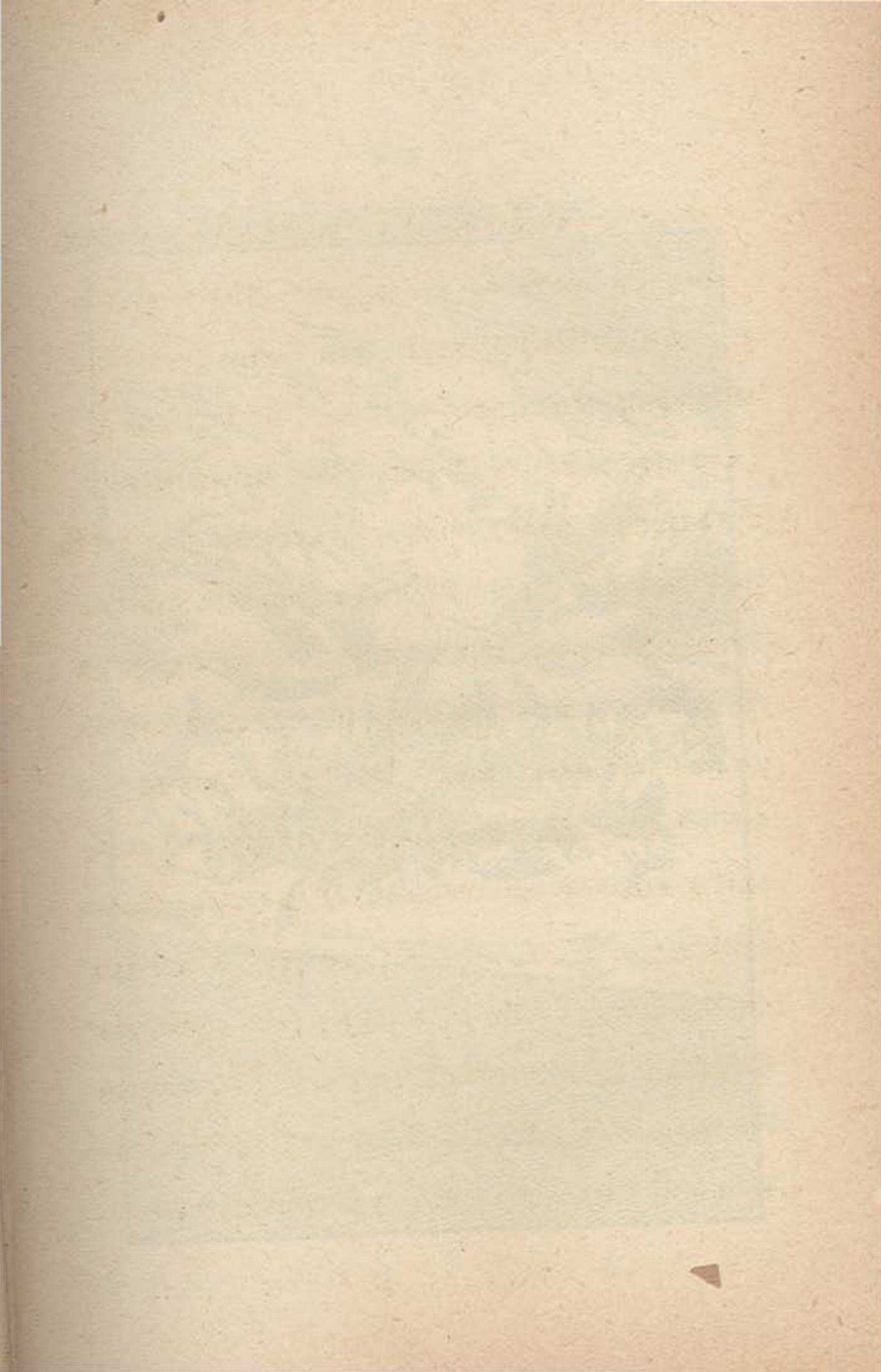
—¿Son muchos los lobos?

—Unos ciento.

—Pues van á hacer una carnicería de asnos.



La batalla duró un cuarto de hora.



L O S H I J O S D E L A I R E

—Ya serán los lobos los que lleven la peor parte. Tratarán de romper la línea de los machos para llegar á las crías, pero no lo conseguirán. Asistiremos á una interesantísima batalla . . . ¡Maquinista! Retrasa la regularidad del motor y consérvanos á buena altura para no asustar á los beligerantes.

Los onagros, que hasta entonces habían estado huyendo de los lobos se detuvieron en una llanada. Con una precisión admirable formaron un gran corro, en cuyo perímetro se pusieron los machos, conservándose dentro de él las hembras y las crías. Los lobos, que eran más de ciento, y que, á juzgar por lo flacos, debían de estar muy hambrientos, giraban en derredor de aquel círculo lanzando fieros aullidos y buscando por dónde acometerlo y

romperlo. Pero cada vez que alguno se acercaba, volvían la grupa los machos y los recibían á coces. Más de un lobo salió volteado por el aire. Y apenas caído en el suelo, y sin darle tiempo para reponerse, tres ó cuatro onagros salían de la fila circular y lo remataban á mordiscos; y aún no satisfechos, lo pateaban furiosamente hasta no dejarle un hueso entero. Mientras tanto las hembras y las crías, espantadas por los aullidos de los lobos, se apretaban unas contra otras, animando con sus rebuznos á los machos. No necesitaban éstos de tal estímulo, porque se defendían valerosamente, manteniendo su línea siempre cerrada y coceando sin tregua á sus enemigos.

—¡Qué bien se defienden!—exclamó Rokoff—. ¡No creí nunca que los asnos fuesen

L O S H I J O S D E L A I R E

capaces de defenderse de los lobos y de vencerlos!

—Pues aún habéis de ver más—le dijo el capitán— Ya veréis cómo a su vez arremeten contra los lobos . . . y no quisiera entonces estar en el pellejo de ellos . . .

Y en efecto; en cuanto vieron los asnos que sus adversarios, perdida ya la esperanza, seguían su camino renunciando á su intento, les embistieron. Pero no tomaron todos ellos parte en la empresa, sino sólo los de la primera línea, que eran los más valientes y robustos, pues los que formaban la segunda con admirable prudencia, se quedaron quietos en su sitio para impedir que los lobos volvieran y rompieran el cerco. Aquellos otros salieron á la carrera en persecución de los lobos,

destrozando á cuantos podían alcanzar. Alzábanse sobre el cuarto trasero y se dejaban caer de manos sobre su adversario; repartían coces á diestro y siniestro con rapidez increíble; aferraban á sus enemigos con sus fuertes quijadas y los sacudían violentamente, llevándose á un tiempo pellejo y tiras de carne. Alguno de ellos, atacado por tres ó cuatro lobos al mismo tiempo, mordido en el pescuezo y en las orejas, caía medio rendido, pero pronto sus compañeros acudían á libertarlo, consiguiéndolo con éxito. La batalla duró un cuarto de hora y, como el capitán había previsto, acabó por la derrota completa de los carnívoros, que perdida toda esperanza de aminorzar opíparamente, por lo menos aquel día, decidieron encomendar su salvación á las

L O S H I J O S D E L A I R E

patas, emprendiendo la fuga y dejando sobre el campo buen número de muertos y moribundos.

En aquel momento descendía el Halcon.

Los asnos, al ver proyectarse sobre el suelo aquella sombra gigantesca, se detuvieron atontados. Después, al notar el descenso del monstruo, partieron al galope, llenos de terror, con dirección al lago, siendo saludados en su fuga por tres tiros de fusil.

Una hembra, herida mortalmente, cayó poco trecho más allá, pero los demás continuaron su desenfrenada carrera, desapareciendo entre las peñas.

—Señor Rokoff—dijo el capitán, saltando á tierra—. Tendré el gusto de ofreceros unos filetes de asno tan exquisitos, que os reconciliarán con esta caza tan delicada.

— No tendrán que reconciliarme porque no he llegado á reñir con ella—contestó el cosaco sonriendo.

—Pues yo os aseguro que no reñiréis.

Dos horas después el bravo cosaco manifestaba cándidamente que la carne de los asnos salvajes podía compararse y competir muy bien con la de los jacks y la de los carneros europeos, y que los shas de Persia tenían razón en absoluto al estimarla como un bocado digno de la mesa de un rey.

Fin del Tomo tercero.



ÍNDICE

<u>Capítulo</u>	<u>Páginas</u>
I.—La princesa del Turfán	7
II.—La caza de Jacks	35
III.—Prisioneros en el abismo	71
IV.— En las mesetas del Tibet	105
V.— El huracán de nieve	135
VI.—El asalto de los montañeses	181
VII.—Una caza al vuelo	221

